LOS EUFEMISMOS DE EUFEMIA
Actualización Contributiva Solidaria
Manifestatiines Aisladas
Reajuste Vial
FRAUDE
SALVADOR RANGEL ABUD

LOS EUFEMISMOS DE EUFEMIA

Una novela de Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Eufemia Pintafrescos tiene cincuenta y un años, pelo color amarillo huevo y un talento que sus detractores llaman mentira y sus simpatizantes llaman visión: la capacidad de transformar cualquier realidad en otra realidad más conveniente mediante la aplicación sistemática, sin pudor y sin pausa, del eufemismo.

El tren no se descarriló. Experimentó una reconfiguración dinámica del trayecto ferroviario. Los nueve muertos no murieron: son ciudadanos en situación de continuidad vital comprometida. Y Eufemia Pintafrescos, gobernadora del Estado de Cocolzingo en la República de Felizandia, no miente: simplemente nombra las cosas de manera que el nombre no tenga consecuencias.

Frente a ella, con el saco arrugado de quien no plancha por principio y el bloc abierto de quien lleva veintidós años escribiendo lo que otros prefieren no leer, Renato Verdat de Mole es el único reportero de *La Palabra Llana* que todavía usa las palabras en su acepción original. Seis cajones llenos de evidencia. Cero consecuencias institucionales. Y la convicción de que si nadie usa las palabras correctas, las palabras correctas desaparecen del idioma, y con ellas la posibilidad de exigir que la realidad cambie.

Entre los dos, Cocolzingo: sus familias sin agua, sus escuelas con glosarios en lugar de diccionarios, sus contratos adjudicados a los amigos correctos, sus presas construidas con el acero equivocado, y sus ciudadanos que han aprendido a hablar dos idiomas simultáneamente: el del glosario institucional para los funcionarios, y el de la vida real para el mercado, el recreo y el cajón de la cocina donde Petra Abundis guarda los papeles que nadie quiere que existan.

PROPÓSITO Y ALCANCE

Los eufemismos de Eufemia es una sátira política escrita en la tradición del humor cínico mexicano, con un propósito que no es edificar ni reformar sino nombrar: exhibir el mecanismo por el cual el lenguaje institucional sustituye la realidad con otra realidad más conveniente, y documentar lo que le ocurre a una sociedad cuando ese mecanismo opera sin resistencia suficiente durante el tiempo suficiente.

La novela no presenta héroes ni villanos en el sentido convencional. Presenta un sistema: Eufemia que lo personifica, Lisandro que lo articula, Torcuato que lo financia, y Renato que lo documenta. Y presenta también a las personas que viven dentro del sistema sin haberlo elegido: Petra, la señora Dolores, la niña de once años que sabe lo que es la pobreza aunque el libro le enseñe otra palabra para llamarla.

La pregunta que la novela devuelve al lector sin responder es la misma que le devuelve al elector: ¿qué hace con lo que sabe?

FUNDAMENTO LITERARIO

La novela está escrita con narrador en tercera persona que opera en dos registros simultáneos: el de la crónica documentada, que sigue los hechos con la atención del periodista que no quiere que nada quede sin nombre, y el de la ironía fina, que coloca la realidad y el eufemismo en el mismo párrafo para que el contraste haga el trabajo que cualquier comentario editorial debilitaría.

El modelo literario es la tradición del humor cínico mexicano inaugurada por Jorge Ibargüengoitia: personajes que hacen cosas absurdas con total convicción, narrador que observa con distancia compasiva y sin absolución, humor que emerge no del payaso sino de la persona seria que no sabe que está siendo cómica. A esa tradición se suma la del periodismo narrativo latinoamericano: la convicción de que los nombres importan, de que la precisión es un acto político, y de que el registro fiel de lo que ocurre es la única forma honesta de habitar un lugar donde lo que ocurre tiene nombre aunque nadie en el poder lo pronuncie.

Benedetti es también una referencia estructural: la tensión entre el humor y la tristeza, entre la lucidez y la impotencia, entre el cinismo y la esperanza residual que se niega a desaparecer aunque no tenga argumentos para seguir.

TEMAS PRINCIPALES

— El lenguaje como tecnología de impunidad: mientras las cosas tienen su nombre correcto existe la posibilidad de la responsabilidad; cuando tienen otro nombre, la responsabilidad se diluye en la semántica.

— La diferencia entre una mentira y una redefinición: una mentira puede refutarse con los hechos; una redefinición solo puede refutarse argumentando que la definición es incorrecta, que es un proceso más largo, más difícil y más fácilmente ignorable.

— El periodismo como acto de resistencia mínima: no el periodismo que derriba gobiernos, sino el que mantiene vivas las palabras para que cuando alguien las necesite, todavía estén ahí.

— El bilingüismo forzado como herencia: el idioma del glosario para las instituciones y el idioma directo para la vida; la competencia que se aprende en la infancia y se practica el resto de la vida.

— La convicción como trampa: Eufemia no sabe que miente porque se convenció primero, lo cual es considerablemente más peligroso que la mentira deliberada, ante la que existe la posibilidad de la confrontación.

— El registro como acto político: lo que queda escrito sobrevive a los gobiernos y a los glosarios; mientras alguien lo mantenga, la posibilidad de nombrar la realidad sigue existiendo.

PERSONAJES PRINCIPALES

Eufemia Pintafrescos de Buenaventura es la gobernadora de Cocolzingo, cincuenta y un años, pelo color amarillo huevo, y la convicción calcificada de cuarenta y cinco años de práctica de que el lenguaje construye la realidad y que quien controla el lenguaje controla lo que la realidad puede ser. No es cínica: es algo más peligroso. Cree genuinamente lo que dice, lo que la hace impermeable a la confrontación con los hechos y la condena eventualmente a quedar atrapada en el único idioma que le queda.

Renato Verdat de Mole es el reportero de *La Palabra Llana*, cincuenta y tantos años, saco arrugado, seis cajones llenos de evidencia y la convicción de que si nadie usa las palabras correctas, las palabras correctas desaparecen. No es un héroe: es alguien que hace su trabajo todos los días sabiendo que el trabajo no cambia lo que debería cambiar, pero que el registro es lo único que sobrevive.

Lisandro Glosa es el jefe de comunicación social del gobierno, artesano del eufemismo, orgulloso de su oficio. El único personaje que en algún momento escribe la palabra correcta en su bloc privado y la tacha. El único que pierde la cuenta.

Torcuato es el contador que habla de números en privado sin eufemismos porque es contador y los números le cuesta trabajo que se los reinterpreten, y que sin embargo lleva años gestionando exactamente eso.

Petra Abundis de Salinas es la viuda del descarrilamiento, vecina de San Eufrasio, voluntaria en los albergues, guardadora de papeles en el cajón de la cocina. El personaje más pequeño en términos de poder y el más grande en términos de lo que representa: la persona que lleva el registro de lo que el gobierno prefiere que no exista.

La niña de once años de la escuela Benito Juárez nunca tiene nombre. Define la pobreza como "cuando en tu casa no alcanza para todo y tienes que escoger." Lo aprendió en su casa, no en el libro. En cuatro años puede votar.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en Ciencias.

Además es un escritor aficionado con más de ciento treinta publicaciones entre artículos científicos, libros de su especialidad y novelas de diversos géneros.

AUDIENCIA RECOMENDADA

— Lectores de sátira política y narrativa de denuncia con humor e ironía.

— Lectores de la tradición del humor cínico y del periodismo narrativo latinoamericano.

— Ciudadanos que reconocerán en el glosario de Lisandro el vocabulario que escuchan en los comunicados oficiales de su propio país.

— Periodistas y estudiantes de periodismo que encontrarán en Renato una discusión honesta sobre para qué sirve el registro cuando no cambia nada de inmediato.

— Cualquiera que haya escuchado alguna vez las palabras "reconfiguración dinámica" donde tendría que haber escuchado "se cayó", o "continuidad vital comprometida" donde tendría que haber escuchado "murió".

CONTEXTO EN LA LITERATURA MEXICANA

La novela dialoga con la tradición inaugurada por Ibargüengoitia, que demostró que la sátira política más eficaz no es la que grita sino la que observa con distancia clínica y deja que el absurdo hable solo. Como en *El atentado* o en las crónicas periodísticas de Ibargüengoitia, el humor aquí no es adorno sino método: la única manera de hacer visible lo que el lenguaje oficial está diseñado para invisibilizar.

Se inscribe también en la genealogía del periodismo narrativo latinoamericano que va de García Márquez a Martín Caparrós: la convicción de que el nombre correcto de las cosas es un acto político, que la precisión del lenguaje es la primera forma de resistencia disponible, y que el registro fiel de lo que ocurre es, en circunstancias adversas, la única que puede sostenerse indefinidamente.

Y dialoga con Benedetti en su dimensión más íntima: la tensión entre la lucidez que te hace ver todo con claridad y la impotencia de no poder cambiarlo, y la dignidad de seguir de todas formas.

CITAS DESTACADAS

"El tren no se descarriló. Eso hay que dejarlo claro desde el principio, porque en la República de Felizandia las cosas no se descarrilan, no se caen, no explotan, no matan a nadie, y en general no ocurren de ninguna manera que implique que algo salió mal."

"La física, a diferencia del gobierno de Cocolzingo, no negocia su posición ni acepta comunicados de prensa."

"Nosotros no usamos rímel." — Renato Verdat de Mole

"La clave es que cada respuesta sea más larga que la pregunta. El que pregunta se cansa antes que el que responde." — Lisandro Glosa

"Es cuando en tu casa no alcanza para todo y tienes que escoger." — La niña de once años, definiendo la pobreza

"El registro es lo único que sobrevive a los gobiernos."

"Me da miedo. Pero el miedo no es argumento para no hacerlo." — Petra Abundis de Salinas

"Lo que no se nombra no existe." — Eufemia Pintafrescos

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Los eufemismos de Eufemia
Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Sátira política / Novela
Campo: Narrativa mexicana contemporánea
Idioma: Español
Año de publicación: 2025
Formato: Prólogo, 10 capítulos, epílogo, aproximadamente 24,000 palabras
Serie: No. 1/10 (Colección de sátira política)
Plataforma: Internet Archive
Contacto: wrangel.1352@gmail.com

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2025). *Los eufemismos de Eufemia*. Internet Archive.

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Los eufemismos de Eufemia*. 2025. Internet Archive.

Vancouver: Rangel Abud S. Los eufemismos de Eufemia. Internet Archive; 2025.

PALABRAS CLAVE

Sátira política, México, eufemismo, lenguaje institucional, periodismo, corrupción, gobernanza, comunicación de gobierno, Ibargüengoitia, Benedetti, narrativa mexicana contemporánea, libertad de prensa, impunidad lingüística, humor negro, glosario oficial, ciudadanía, registro periodístico, resistencia cívica, bilingüismo forzado, sistema político

---

MENSAJE FINAL

En algún momento entre los seis años y los cincuenta y uno, Eufemia Pintafrescos dejó de distinguir entre la redefinición y la verdad. No fue una decisión: fue una acumulación. Caramelo por caramelo, bimestre por bimestre, asamblea por asamblea, comunicado por comunicado, hasta que el mecanismo se volvió el único idioma disponible y el idioma original quedó fuera del alcance, incluso cuando la necesidad de usarlo era más urgente que nunca.

Los eufemismos de Eufemia es, en el fondo, una novela sobre eso. Sobre lo que le ocurre a una persona, a una institución, a una sociedad cuando el lenguaje que usa para describirse se separa de manera permanente del lenguaje que describe lo que ocurre. Sobre el costo de esa separación, que no lo paga quien la produce sino quienes viven en el lugar donde ocurre. Y sobre la pregunta que el narrador deja al lector sin responder: ¿qué hace con lo que sabe?

Renato Verdat de Mole escribió esta mañana su columna con las palabras que correspondían.

La señora Dolores Pacheco la mandó al grupo de mensajes.
Petra Abundis respondió la carta del abogado.
Y la niña que ahora tiene dieciséis años va a poder votar en cuatro.
Lo que ocurra después depende del lector, que es también elector.
Salvador Rangel Abud 2025

Copyright © 2025 Salvador Rangel Abud. Todos los derechos reservados.

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0) https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

wrangel.1352@gmail.com

ÍNDICE

PRÓLOGO: El día que el tren decidió desalinearse
CAPÍTULO 1: La vocación temprana por la verdad alternativa
CAPÍTULO 2: La campaña de la pureza estratégica
CAPÍTULO 3: La victoria irrefutablemente flexible
CAPÍTULO 4: El gabinete de la resignificación permanente
CAPÍTULO 5: Los baches macroeconómicos
CAPÍTULO 6: Manifestaciones criminales aisladas
CAPÍTULO 7: El periodismo desalineado
CAPÍTULO 8: La pedagogía del eufemismo
CAPÍTULO 9: La ilusión estadística
CAPÍTULO 10: La verdad impronunciable

EPÍLOGO: El idioma oficial

PRÓLOGO

El día que el tren decidió desalinearse se vía

El tren no se descarriló. Eso hay que dejarlo claro desde el principio, porque en la República de Felizandia las cosas no se descarrilan, no se caen, no explotan, no matan a nadie, y en general no ocurren de ninguna manera que implique que algo salió mal bajo la gestión de quien sea que esté a cargo en ese momento.

En la República de Felizandia, las cosas experimentan procesos de reconfiguración dinámica, sufren ajustes no programados, atraviesan transiciones de estado complejas, y en los casos más graves protagonizan eventos de impacto socio estructural con consecuencias temporales en la continuidad vital de algunos ciudadanos.

Los ciudadanos, en este contexto, son los cuarenta y tres trabajadores del Estado de Cocolzingo que iban en el tren el martes por la mañana y que, no es que se hayan muerto, solo dejaron de estar vivos antes del mediodía. Pero eso es lenguaje directo, y el lenguaje directo en Felizandia tiene la misma consideración social que llegar sin invitación a una boda: todos lo ven, nadie lo menciona, y el responsable tarde o temprano recibe una llamada.

El tren —un convoy de carga reconvertido para pasajeros con la creatividad presupuestal característica de la administración pública de Felizandia a cargo de la Presidente de la República Olivia Chinbum, y en este caso del Estado de Cocolzingo, que es otra manera de decir que le pusieron bancas de madera en los vagones y lo declararon servicio de transporte digno— llevaba a los trabajadores desde la capital del estado hasta una planta procesadora en el municipio de San Eufrasio de los Llanos, que es un nombre que el municipio

lleva desde 1847 y que nadie en el gobierno actual ha pensado todavía en resignificar, aunque el año es largo.

A las diez cuarenta y dos de la mañana, el convoy entró en una curva a una velocidad que la física encontró inaceptable: 45 kms/hr. La física, a diferencia del gobierno de Cocolzingo, no negocia su posición ni acepta comunicados de prensa. El resultado fue el resultado que la física produce invariablemente en esas circunstancias: el tren dejó los rieles, los vagones se convirtieron en otra cosa, y los cuarenta y tres trabajadores tuvieron una mañana considerablemente peor de lo que habían anticipado cuando salieron de casa.

Muchos de ellos no volvieron a casa.

Los que si volvieron, lo hicieron en condiciones que sus familias describieron con palabras directas, porque las familias en los primeros momentos de la tragedia todavía no han recibido el glosario oficial y hablan con el vocabulario sin procesar de la gente que acaba de ver algo que no tendría que haber visto.

Todo esto ocurrió entre las diez cuarenta y dos y las once quince de la mañana del martes.

A las once cuarenta y cinco, mientras los servicios de emergencia todavía trabajaban entre los restos del convoy y las familias todavía recibían la noticia por teléfono con esa voz que uno reconoce antes de entender las palabras, la gobernadora del Estado de Cocolzingo, Eufemia Pintafrescos de Buenaventura, siguiendo la política convertidora de la presidente Chinbum, estaba sentada frente a su espejo de tocador revisando si el rímel resistiría las cámaras de la conferencia de prensa.

El rímel resistió.

Eufemia Pintafrescos tenía cincuenta y un años, pelo color amarillo huevo y una mandíbula que sus asesores de imagen describían como "de carácter" y que sus detractores describían con otro sustantivo que rima con mentón y que no viene al caso reproducir aquí porque este narrador tiene estándares, aunque bajos. Llevaba tres años como gobernadora de Cocolzingo, cargo que había obtenido mediante un proceso electoral que sus propios simpatizantes describían como "creativo" cuando creían que nadie los escuchaba. Tenía el don, que es la palabra más generosa disponible para lo que tenía, de transformar cualquier realidad en otra realidad más conveniente mediante la aplicación sistemática y sin pudor del eufemismo.

No era estupidez. Eso sería subestimarla, y este narrador, aunque inmisericorde, es justo. Eufemia Pintafrescos no era estúpida. Era algo más interesante y más peligroso: era inteligente aplicada al propósito equivocado con una convicción que los años habían calcificado hasta volverse indistinguible de la fe. Creía genuinamente que si las palabras cambiaban, la realidad las seguía. Que el lenguaje no describía el mundo sino que lo construía. Que nombrar bien era gobernar bien. Que un tren que se descarrila y mata a nueve personas, o las que sean, es un problema de comunicación antes que un problema de rieles, de velocidad, de corrupción en el contrato de mantenimiento, y de la cadena

completa de negligencias que cualquier investigador honesto habría encontrado en cuarenta y ocho horas.

Cualquier investigador honesto. Que en Cocolzingo era una categoría de persona con la misma abundancia práctica que los flamencos rosados en la sierra de San Ignacio: existían en teoría, nadie los había visto en los últimos... bueno en realidad nunca habían visto a alguno.

A las doce en punto, Eufemia Pintafrescos se presentó ante las cámaras con el rímel intacto, el semblante compuesto con la seriedad de quien practica semblantes frente al espejo, y el texto preparado por Lisandro Glosa, su jefe de comunicación social, redactado en los cuarenta minutos previos con una velocidad que era su único talento verificable y del que estaba, en consecuencia, enormemente orgulloso.

En la segunda fila de la sala de prensa, un hombre de unos cincuenta años con el saco arrugado de quien no plancha por principio y el bloc abierto de quien lleva veintidós años escribiendo lo que otros prefieren no leer, observaba la escena con la expresión específica del cinismo profesional: ni sorpresa ni indignación, solo la atención neutra de quien documenta porque documentar es lo único que puede hacer y lo hace bien.

Renato Verdat de Mole, reportero de planta de *La Palabra Llana*, diario de circulación regional con dieciséis mil suscriptores y la distinción poco envidiable de ser el único medio de Cocolzingo que todavía usaba las palabras en su acepción original, escuchó a Eufemia Pintafrescos hablar durante ocho minutos y cuarenta segundos. Escuchó el relato del "evento de reconfiguración dinámica del trayecto ferroviario". Escuchó las referencias a las "víctimas del proceso de transición abrupta" y a los "ciudadanos en situación de continuidad vital comprometida", que era la manera en que el texto de Lisandro Glosa se refería a los muertos sin usar la palabra muertos, hazaña lingüística que en otro contexto habría merecido algún tipo de reconocimiento académico.

Renato escuchó todo esto con el bolígrafo quieto sobre el bloc.

Cuando Eufemia terminó y abrió la ronda de preguntas, Renato levantó la mano. Le dieron el micrófono con la expresión de quien se lo da a alguien que saben que va a hacer una pregunta incómoda y no pueden negárselo porque hay cámaras.

—Gobernadora —dijo Renato, con el tono de quien ha formulado esta pregunta veintidós años y no ha perdido el hábito—, el tren se descarriló y murieron muchas personas. ¿Cuándo va a iniciarse una investigación sobre los estándares de construcción de las vías y también sobre las condiciones de mantenimiento de las mismas?

Eufemia lo miró con la expresión entrenada de quien ha aprendido a mirar las preguntas incómodas como si fueran preguntas en un idioma extranjero que uno comprende pero prefiere no hablar.

—El Estado de Cocolzingo —dijo— está comprometido con un proceso de esclarecimiento integral de los factores que convergieron en el evento de ayer,

con pleno respeto a los protocolos de transparencia institucional y a la dignidad de los ciudadanos afectados por esta lamentable circunstancia de reconfiguración no prevista.

Renato escribió en su bloc una sola palabra.

Descarrilamiento.

La subrayó dos veces.

Luego escribió, debajo, entre paréntesis: *(muchos muertos. Construcción deficiente. Mantenimiento inexistente. Contrato 2021. Verificar.)*

Llevaba veintidós años llenando blocs con ese mismo formato: la realidad a la izquierda, la investigación pendiente a la derecha. Tenía cuatro cajones llenos de blocs similares, ordenados por año, con el nombre del gobernador en turno escrito en la portada con marcador negro. El cajón más reciente tenía escrito: *Eufemia. Año 3.*

Era el cajón más grueso de todos.

Afuera, en la calle frente al palacio de gobierno, una señora con mandil y el cabello recogido sostenía una fotografía plastificada. Era la fotografía de un hombre de unos cuarenta años con camisa de trabajo y la sonrisa de los domingos. Debajo de la fotografía, escrito con plumón en un cartón: *Mi esposo iba en ese tren.*

Ninguna cámara la enfocó.

Eufemia Pintafrescos se retiró de la conferencia de prensa con el rímel todavía intacto, que era, a su manera, un logro.

El narrador registra todo esto sin comentario adicional porque la realidad, cuando se describe con precisión, produce su propio comentario. Solo añade, para el lector que acaba de comenzar este libro y que merece saber en qué se está metiendo, que lo que acaba de leer es apenas el primer capítulo del glosario de Eufemia Pintafrescos.

Hay más.

Hay mucho más.

Y Renato Verdat de Mole va a estar ahí para cada uno, con el bloc abierto y el bolígrafo listo y la paciencia seca de quien sabe que su trabajo no cambia lo que cubre pero que alguien tiene que hacerlo.

Y usted, lector, que es también elector, va a tener que decidir qué hace con lo que lee.

Ese es el único final posible de esta historia.

CAPÍTULO 1

La vocación temprana por la verdad alternativa

Eufemia Pintafrescos nació en la ciudad de Santa Remedios de Cocolzingo en un martes de octubre que no tuvo nada de particular excepto que llegó ella, lo cual

en retrospectiva habría sido suficiente para que cualquier observador sensato considerara el martes como un día de advertencia.

Sus padres, don Abundio Pintafrescos Garza y doña Remedios Buenaventura de Pintafrescos, eran personas de bien en el sentido más convencional del término: trabajadores, discretos, pagadores puntuales de sus cuentas, asistentes regulares a misa de once los domingos, e incapaces de entender cómo habían producido a Eufemia. Era una pregunta que los acompañó el resto de sus vidas con la fidelidad de las preguntas sin respuesta.

El talento se manifestó por primera vez a los seis años, cuando su madre la sorprendió con los dedos dentro de la vitrina de dulces de la tienda de la señora Concepción, tres caramelos en la mano y la expresión de quien ejecuta una operación perfectamente legítima que el observador simplemente no ha comprendido todavía.

—Eufemia —dijo su madre—. Eso es robar.

—No es robar —dijo Eufemia, con la serenidad de los seis años que no conocen la duda—. Es redistribución de recursos azucarados subutilizados.

Su madre la miró durante cuatro segundos completos. Era una mujer que había resuelto problemas domésticos complejos, negociado con proveedores difíciles y criado a dos hijos anteriores sin incidentes mayores, y en esos cuatro segundos no encontró ninguna respuesta disponible para lo que acababa de escuchar. Ese silencio fue el primer error pedagógico de una serie que definiría los siguientes cuarenta y cinco años: Eufemia interpretó el no saber qué decir como un argumento ganado, y desde ese momento los argumentos ganados se convirtieron en su método preferido de apropiación.

En la primaria reprobó matemáticas y civismo todos los años. Los números no mienten y las reglas aplican para todos, que eran exactamente las dos cosas que Eufemia encontraba inaceptables. Cada fin de bimestre don Abundio revisaba la boleta en la mesa de la cocina con el mismo ritual de siempre: lentes puestos, boleta desplegada, silencio.

—Matemáticas: cinco —leía don Abundio—. Otra vez.

—Es que el sistema de evaluación —empezaba Eufemia.

—Civismo: cuatro.

—El civismo no mide la inteligencia real, papá. Mide la obediencia a parámetros que fueron diseñados por.

—Firma —decía don Abundio, y le extendía el bolígrafo.

—Pero si me dejas explicar el contexto pedagógico en que se produce este resultado aparentemente negativo, que en realidad es un desafío a los parámetros tradicionales de evaluación cuantitativa que no reconocen la inteligencia holística de.

—Firma —repetía don Abundio.

Eufemia firmaba. Don Abundio guardaba la boleta. Ninguno de los dos volvía a mencionar el asunto hasta el siguiente bimestre, cuando el ciclo se repetía con la puntualidad de los ciclos que no encuentran razón para interrumpirse.

La maestra de civismo escribió en el expediente al terminar el ciclo: *alumna con vocabulario inusual para su edad y disposición nula para entender que las reglas aplican también cuando uno no está de acuerdo con ellas*. Era el diagnóstico más preciso que nadie produciría sobre Eufemia en los siguientes cuarenta y cinco años, archivado en una carpeta que nadie volvió a abrir porque así funcionan los diagnósticos precisos en Cocolzingo.

En la secundaria, la política estudiantil. Eufemia se presentó a la primera reunión del Frente Estudiantil por la Justicia Irrestricta con una propuesta de reorganización estructural que nadie había solicitado y que al terminar la reunión había convertido la presidencia, la secretaría general y el comité de finanzas en una sola persona.

—Oye —dijo Teódulo Miramontes, el único que levantó la mano—, eso no puede ser. Somos un frente igualitario.

—Exacto —dijo Eufemia—. Por eso necesitamos un proceso de conducción estratégica con horizonte temporal flexible que garantice que la igualdad se implemente correctamente, porque sin una conducción sólida la igualdad se dispersa y no llega a nadie.

—Pero tú eres la que va a conducir —dijo Teódulo.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo Eufemia—. Y yo tengo la visión.

Teódulo Miramontes miró a los otros diez miembros del Frente buscando apoyo. Los otros diez miembros miraron sus cuadernos, el techo, la ventana, cualquier cosa menos a Teódulo, porque habían entendido con la velocidad de la gente joven que entiende las cosas sin que nadie se las explique que discutir con Eufemia era un gasto de energía cuyo retorno no justificaba la inversión. Teódulo Miramontes no volvió a las reuniones y eventualmente se dedicó a la contabilidad, donde los números significan lo que significan sin importar la convicción con que alguien los mire. Fue la decisión más saludable de su vida.

En la universidad, la Facultad de Ciencias Políticas le dio nombre académico a lo que siempre había hecho. Constructivismo social, performatividad del lenguaje, análisis crítico del discurso. Eufemia los estudió con el entusiasmo del cartógrafo que encuentra el mapa de un territorio que ya recorrió. Se incorporó al Partido de la Transformación Permanente y en dos semestres era secretaria general de la facción universitaria.

En el tercero, ella ya era la facción.

Cuando un militante señaló en asamblea que el liderazgo concentrado contradecía los principios igualitarios de la plataforma, Eufemia convocó una votación extraordinaria.

—¿Cómo vamos a votar sobre esto? —preguntó el militante—. Tú controlas el padrón.

—El padrón es de todos —dijo Eufemia—. Y todos tienen derecho a participar en el proceso democrático de toma de decisiones colectivas con perspectiva transformadora.

—¿Y los que no están aquí?

—Los que no están aquí ejercieron su libertad de no participar —dijo Eufemia—, que es también una forma de participación.

La votación produjo un sesenta y dos por ciento a favor de que Eufemia conservara el liderazgo. El otro treinta y ocho por ciento tenía clases esa tarde. Eufemia lo describió al día siguiente en la asamblea como "consenso abrumador de la base militante", con la misma cara con que a los seis años había descrito tres caramelos ajenos como redistribución de recursos subutilizados. El mecanismo no había cambiado. Solo había crecido.

Así terminó la universidad de Eufemia Pintafrescos: con un título en Ciencias Políticas y la convicción sólida como roca volcánica de que el lenguaje era el instrumento de poder más eficiente disponible, porque el lenguaje entraba por los oídos y se instalaba en la mente antes de que la mente tuviera tiempo de verificar si lo que describía correspondía a algo real. El cínico sabe que miente y no le importa. Eufemia no sabía que mentía porque se había convencido a sí misma primero, lo cual es considerablemente más peligroso, porque ante la mentira deliberada existe la posibilidad de la confrontación con los hechos, pero ante la convicción genuina de que los hechos son lo que uno dice que son, la confrontación produce solo más convicción.

Mientras Eufemia salía de la universidad con su título y sus certezas, Renato Verdat de Mole llevaba ya tres años en la redacción de *La Palabra Llana*, diario de circulación regional con sede en Santa Remedios de Cocolzingo, dieciséis mil suscriptores, un edificio que necesitaba pintura desde 2009, y la distinción de ser el único medio del estado que seguía usando las palabras en su acepción original, lo cual era simultáneamente su mayor virtud y la razón por la que su publicidad era la cuarta parte de la de sus competidores.

El director, Epifanio Cautivo, llevaba dieciocho años en el cargo con la expresión de quien considera jubilarse pero no da el paso definitivo porque teme lo que ocurriría sin su supervisión moderadora.

Un martes de septiembre, tres semanas después del descarrilamiento en San Eufrasio, Renato revisaba un borrador de Gilberto Ponce, redactor de veintiséis años con entusiasmo suficiente y vocabulario en proceso de calibración.

—Gilberto —dijo Renato sin levantar la vista del papel.

—¿Qué pasó?

—Escribiste que el señor Heriberto Salcedo Montoya "falleció a consecuencia de las lesiones sufridas en el percance vial".

—Sí. ¿Está mal?

—Falleció es para las esquelas. Percance es para cuando se te cae el café.

—Es que suena muy duro decir que murió —dijo Gilberto.

—¿Y qué pasó?

—Murió.

—¿Y cómo lo mató?

—Un camión que se pasó el alto.

—Entonces eso escribes —dijo Renato—. El señor Heriberto Salcedo Montoya murió. Lo mató un camión que se pasó el alto. Sin adornos.

—Pero los familiares.

—Los familiares saben que murió. Nosotros le informamos a la gente que no sabe. Murió significa que estaba vivo y ya no está. Falleció significa lo mismo pero con rímel. Nosotros no usamos rímel.

Gilberto miró el borrador. Luego miró a Renato.

—¿Y si alguien se queja?

—Que se queje de que escribimos lo que pasó —dijo Renato—. Eso sería una queja interesante.

Epifanio Cautivo, que había escuchado el intercambio desde su oficina con la puerta entreabierta, esperó a que Gilberto saliera y apareció en el marco de la puerta con la expresión de quien tiene algo que decir y está calculando cómo decirlo de manera que no produzca la conversación que no quiere tener.

—Renato.

—Epifanio.

—La palabra murió en el titular va a molestar a los familiares del señor Salcedo.

—La palabra murió en el titular va a informar a los lectores de lo que ocurrió.

—Hay formas más delicadas —dijo Epifanio.

—Las formas delicadas son para las personas —dijo Renato—. Las palabras delicadas en los titulares son para los anunciantes. Son cosas distintas.

Epifanio consideró el argumento durante cuatro segundos, que era su tiempo estándar para los argumentos que no tenía cómo rebatir pero que tampoco quería aprobar explícitamente.

—Sale como está —dijo finalmente, con el tono de quien cede una batalla para poder seguir diciéndose que no perdió la guerra.

Renato volvió a su escritorio. Tenía abierta la carpeta del descarrilamiento. Había solicitado el contrato de mantenimiento de la vía ferroviaria al gobierno del estado. Le habían respondido con un oficio de cuatro páginas describiendo los mecanismos de transparencia institucional sin proporcionar, en ninguna de sus cuatro páginas, el contrato solicitado. Era la versión burocrática del mismo principio que Eufemia había aplicado a los seis años con los caramelos: nombrar el proceso de otra manera no devuelve lo que se tomó, pero hace que la conversación sea más difícil de sostener.

Renato archivó el oficio, redactó una segunda solicitud más específica, y esa tarde sacó un bloc nuevo. Escribió en la portada con marcador negro: *Eufemia. Año 1.* Lo puso encima de los otros cuatro.

Era el quinto bloc de gobernadores. Cada uno con su propio sistema de eufemismos, su propia manera de llamar a las cosas de otra manera. Lo que variaba era el nombre en la portada. Lo que no variaba era el contenido: la distancia entre lo que se decía y lo que ocurría, medida en páginas de bloc, en cajones llenos, en años de oficio que no habían producido ningún cambio verificable en Cocolzingo pero que habían producido un registro fiel de lo que Cocolzingo era.

En ese momento, en algún lugar de la ciudad, Eufemia Pintafrescos revisaba con Torcuato los números de su próxima campaña para la gubernatura. Los números eran los que eran. Torcuato los llamaba de otra manera. Eufemia los aprobaba.

Eufemia tenía el estado.

Renato tenía el bloc.

El lector tiene las dos versiones en la misma página y puede quedarse con la que prefiera. Aunque quedarse con la de Eufemia tiene un costo que este narrador ya describió en el prólogo y que la señora Petra Abundis de Salinas, viuda desde el martes del descarrilamiento, conoce mejor que nadie.

CAPÍTULO 2

La campaña de la pureza estratégica

Eufemia Pintafrescos decidió contender por la gubernatura de Cocolzingo en un desayuno de trabajo con tres personas que no eran exactamente sus amigos pero que tampoco eran exactamente otra cosa, porque en la política de Felizandia las categorías interpersonales tendían a definirse por utilidad mutua más que por afecto, lo cual era más honesto que la amistad convencional aunque nadie lo dijera en voz alta.

El desayuno fue en el restaurante Versalles de Santa Remedios, reservación a nombre de uno de los tres, huevos a la mexicana para todos excepto Eufemia que pidió fruta porque cuidaba la imagen, y una conversación que duró dos horas y cuarenta minutos y que al terminar había producido una candidatura, un esquema de financiamiento y el nombre de Lisandro Glosa como jefe de comunicación, todo sin que nadie hubiera dicho explícitamente ninguna de esas tres cosas porque en Cocolzingo las cosas importantes se acordaban sin nombrarse, que era una práctica que Eufemia encontraba coherente con su visión del mundo y que los otros tres encontraban prudente dado el tipo de cosas que se estaban acordando.

—¿Estás segura? —dijo el primero de los tres, empresario de construcción cuyo nombre el narrador omite porque sus abogados son mejores que los del narrador.

—No estoy segura —dijo Eufemia—. Estoy convencida. Son cosas distintas.

—¿Y el financiamiento?

—El financiamiento se construye con solidaridad —dijo Eufemia—. Los que creen en el proyecto contribuyen al proyecto. Es orgánico.

El empresario de construcción miró al segundo de los tres, que era un hombre de negocios cuya relación con los contratos públicos del estado era larga, productiva y mutuamente conveniente.

—¿Cuánto necesitas? —dijo el segundo.

—Lo que la transformación requiera —dijo Eufemia.

—Necesito un número.

—Torcuato te llama esta semana —dijo Eufemia—. Él tiene los números.

Torcuato, que había sido su contador desde la segunda campaña municipal y que clasificaba las fuentes de financiamiento con nombres que habrían interesado a cualquier fiscal con acceso a sus archivos, recibió la llamada tres días después y proporcionó el número. El empresario de construcción consideró el número durante dos días y luego llamó a Torcuato para decirle que era un "aporte solidario no rastreable" que llegaría en efectivo a través de un intermediario cuyo nombre no aparecería en ningún documento. Torcuato lo anotó en su sistema contable bajo la categoría correspondiente con la naturalidad del que ha hecho esto suficientes veces como para que ya no requiera deliberación moral.

La campaña se financió de tres fuentes. La primera eran los aportes solidarios no rastreables: los empresarios que entendían, sin que nadie se los dijera con esas palabras, que una gobernadora Eufemia recordaría quién había estado ahí cuando importaba. La segunda eran las contribuciones voluntarias de servidores públicos: porcentaje mensual que los empleados del estado aportaban de su salario con la voluntariedad específica de quien sabe que no aportar tiene consecuencias. La tercera eran los acuerdos de gobernabilidad territorial, que era el nombre que Lisandro Glosa daría, en cuanto lo contrataron, a los grupos criminales que operaban en cuatro municipios y que habían llegado a un entendimiento con Eufemia cuyas cláusulas no estaban escritas en ningún documento pero que ambas partes conocían con la claridad de lo que no necesita papel para ser vinculante.

Lisandro Glosa llegó a su primera reunión con Eufemia con una carpeta azul marino y la expresión del artesano que acaba de encontrar el taller perfecto para sus habilidades.

—El problema de las campañas anteriores —dijo Lisandro, abriendo la carpeta— es que usaban el vocabulario del adversario. Decían lo que iban a hacer con las palabras que el adversario usaba para atacarlos.

—¿Y cuál es la solución? —dijo Eufemia.

—Construir un vocabulario propio. Si tú nombras las cosas primero, el adversario tiene que responder dentro de tu marco. Y dentro de tu marco siempre pierdes si eres el adversario.

Eufemia lo miró con la atención específica de quien reconoce en otro la versión menos desarrollada de algo que ella ya practica de manera intuitiva.

—Te contrato —dijo.

—No he terminado la presentación.

—No necesito el resto —dijo Eufemia—. Ya entendí.

Lisandro cerró la carpeta. Era la reunión de contratación más corta de su carrera y también la más satisfactoria, porque la persona que lo contrataba había entendido lo esencial sin necesitar los detalles, que era la señal de que trabajarían bien juntos.

Su primer producto fue el glosario electoral: doce páginas que distribuía entre voceros y operadores. Fraude electoral: irregularidades menores en el proceso de optimización de la voluntad popular. Compra de votos: programa de incentivos cívicos para la activación de la participación democrática. Intimidación de electores: acompañamiento orientativo en el ejercicio del sufragio libre. Alianza con criminales: acuerdos de gobernabilidad territorial con actores sociales no convencionales.

—¿Y si alguien pide que definamos qué es un actor social no convencional? —preguntó uno de los voceros en la primera sesión de capacitación.

—Respondes que es un actor que opera fuera de los marcos institucionales tradicionales en el contexto de una realidad social compleja —dijo Lisandro.

—¿Y si insisten?

—Vuelves a empezar desde el principio con otras palabras —dijo Lisandro—. La clave es que cada respuesta sea más larga que la pregunta. El que pregunta se cansa antes que el que responde.

El vocero anotó esto en su cuaderno con la expresión del estudiante que acaba de entender algo que va a usar el resto de su vida.

El narrador, que lleva dos capítulos observando el mecanismo, señala aquí algo que el glosario de Lisandro no contempla: que el eufemismo no es solo una herramienta de comunicación sino una tecnología de impunidad. Mientras las cosas tienen su nombre correcto existe la posibilidad de la responsabilidad. Cuando tienen otro nombre, la responsabilidad se diluye en la semántica y el responsable queda libre para seguir operando. Eufemia había aprendido esto a los seis años. Lisandro lo había teorizado a los treinta y ocho. La diferencia era que Lisandro cobraba por ello.

Los mítines eran la contradicción perfecta. Eufemia hablaba de honestidad mientras Torcuato reconciliaba aportes no rastreables. Hablaba de igualdad mientras los maestros y enfermeras que financiaban involuntariamente su campaña aplaudían desde la segunda fila. Hablaba de participación ciudadana libre mientras Lisandro coordinaba el mensaje que llegaría a treinta mil teléfonos describiendo las consecuencias, en el vocabulario del glosario, de no participar en la dirección correcta.

En uno de los mítines, una mujer del público levantó la mano durante el espacio de preguntas.

—Gobernadora —dijo, porque ya le decían gobernadora aunque todavía no lo era—, ¿qué va a pasar con los familiares de los muertos del tren? Llevan cuatro meses sin respuesta.

Lisandro, desde el costado del escenario, contuvo el aliento durante medio segundo.

—Esa situación —dijo Eufemia sin pausar— está siendo atendida con toda la sensibilidad que merece a través de los mecanismos de acompañamiento institucional disponibles para las familias afectadas por el evento ferroviario, y mi gobierno establecerá un protocolo de atención integral que garantice que ninguna familia quede sin el respaldo del estado en estos momentos de reconfiguración emocional comunitaria.

La mujer del público abrió la boca. La cerró. Volvió a abrirla.

—¿Pero van a pagarles o no? —dijo.

—El proceso de compensación solidaria está en etapa de definición técnica —dijo Eufemia—. Le pido que confíe en el compromiso de este proyecto.

La mujer se sentó. No porque le hubiera convencido la respuesta sino porque la respuesta era tan densa y la pregunta tan sola que continuar habría requerido una energía que no tenía disponible en ese momento, que era exactamente lo que el vocabulario de Lisandro estaba diseñado para producir: no convicción sino agotamiento del interlocutor.

Lisandro, desde el costado del escenario, expiró.

Renato Verdat de Mole estaba en la tercera fila con el bloc abierto. Había anotado la pregunta de la mujer y la respuesta de Eufemia en columnas paralelas: a la izquierda lo que la mujer preguntó, a la derecha lo que Eufemia respondió. Las dos columnas no se tocaban en ningún punto. Anotó también la hora, el nombre del mitin y la descripción física de la mujer, por si necesitaba localizarla después para el reportaje que estaba construyendo con la paciencia del que construye cosas que necesitan tiempo para ser completas.

Publicó su primer perfil de Eufemia diez días después: dinero de origen no verificable, alianzas con grupos de control territorial, contratos adjudicados a empresas vinculadas a colaboradores de campaña. El diario recibió tres llamadas.

La primera fue de un vocero de campaña.

—Señor Verdat, lo llamo de parte de la candidata Pintafrescos para ofrecerle una conversación de contextualización que le permita complementar su perspectiva con información de primera mano sobre el proyecto.

—¿Qué información específica? —dijo Renato.

—Pues... el contexto general del proyecto.

—Ya tengo el contexto general. Lo que necesito son los contratos de mantenimiento ferroviario de 2019 a 2022.

Pausa de tres segundos.

—Eso habría que canalizarlo a través de los mecanismos de transparencia institucional.

—Ya lo hice. Me mandaron cuatro páginas sin los contratos.

—Le sugerimos insistir por esa vía.

—Ya lo hice —dijo Renato—. Gracias por llamar.

La segunda fue de un anunciante que cancelaba su contrato por reorientación estratégica de la inversión publicitaria, que era la fórmula corporativa para decir lo que no convenía decir con las palabras que correspondían. La tercera fue de Epifanio, desde su oficina a doce metros, por teléfono.

—El reportaje está muy directo —dijo Epifanio.

—Es la definición del género.

—Hay formas de decir las mismas cosas que generan menos reacción.

—Cuando hay menos reacción es porque dijimos menos cosas —dijo Renato—. No es lo mismo.

—El anunciante, Renato.

—El anunciante canceló porque el reportaje lo incomodó. Si eso es razón para no publicar, cerramos el diario mañana y abrimos un boletín de la cámara de comercio.

Cinco segundos de pausa.

—Sale como está —dijo Epifanio, con el tono de siempre.

El reportaje salió como estaba. Lo leyeron seis mil doscientas personas. No tuvo ninguna consecuencia electoral verificable. La campaña de Eufemia continuó con la misma energía, los aportes solidarios siguieron fluyendo, y los colectivos autónomos de control territorial siguieron siendo lo que eran con el nombre que Lisandro les había puesto, que era un nombre que no los hacía menos peligrosos pero que los hacía más difíciles de mencionar en un comunicado oficial.

Renato anotó en su bloc: *Seis mil doscientos lectores. Cero consecuencias electorales. Un anunciante menos. Archivar y continuar.*

Era la nota más frecuente de sus últimos veintidós años.

El contrato del tren seguía en el cajón. Eufemia seguía sin saber que ese cajón existía, y no lo sabía porque Eufemia no sabía que Renato Verdat de Mole existía en ningún sentido que la preocupara. En su mapa mental los periodistas se dividían en dos grupos: los que publicaban lo que el gobierno les daba y los que publicaban lo que el gobierno no les daba. El segundo grupo era pequeño, marginal, y en su experiencia producía incomodidades pasajeras que el tiempo y la inercia resolvían. Había veintitrés medios en Cocolzingo. Veintidós seguían la corriente. Uno no la seguía y tenía dieciséis mil suscriptores y un edificio que necesitaba pintura desde 2009. La aritmética, en la que Eufemia había reprobado todos los años de la primaria, le decía que ese balance era aceptable.

Renato, por su parte, sabía perfectamente que Eufemia existía. Llevaba meses documentándola. Y tenía en el fondo de la carpeta del tren el recorte de una nota de tres párrafos que había publicado cuatro años atrás sobre un contrato ferroviario adjudicado sin licitación a una empresa cuyos propietarios aparecían en los registros del Partido de la Transformación Permanente. Nadie había prestado atención entonces. Ahora había nueve muertos en San Eufrasio y el contrato seguía sin aparecer.

Esa asimetría, en la experiencia de Renato, era exactamente el tipo que tarde o temprano producía noticias.

Si el electorado de Cocolzingo estaba prestando atención era la única pregunta que Renato no podía responder desde su escritorio.

Esa respuesta siempre había dependido del lector.

CAPÍTULO 3

La victoria irrefutablemente flexible

La jornada electoral del Estado de Cocolzingo comenzó con la puntualidad característica de los procesos democráticos en Felizandia, que era la puntualidad de lo que tiene ya decidido su resultado y solo necesita que el proceso ocurra para que ese resultado tenga nombre legal. Las casillas abrieron a las ocho de la mañana. Los funcionarios electorales llegaron, en su mayoría, a las ocho y cuarto, que era la puntualidad de los funcionarios electorales de Cocolzingo desde tiempo inmemorial y que nadie había encontrado conveniente corregir porque los quince minutos de retraso habían demostrado históricamente ser suficientes para ciertas operaciones que requerían que las casillas estuvieran abiertas pero sin supervisión completa.

Lisandro Glosa llegó a la sede de campaña a las siete de la mañana con dos computadoras portátiles, una cafetera eléctrica y cuarenta y siete versiones del comunicado de victoria escalonadas según el porcentaje de ventaja. No tenía versión para derrota porque esa posibilidad no estaba en el plan de trabajo.

A las siete cuarenta y cinco llamó Torcuato desde el municipio de San Eufrasio de los Llanos.

—Hay un problema con las casillas del centro —dijo Torcuato.

—¿Qué tipo de problema?

—El tipo que requiere cuarenta minutos sin luz.

—¿Cuántas casillas?

—Tres.

—¿A qué hora?

—A las diez. Cuando haya más gente.

Lisandro abrió su carpeta de comunicados de contingencia. Buscó la versión para apagones. La leyó.

—Interrupción técnica en el suministro eléctrico superada con resiliencia institucional —leyó en voz alta—. ¿Cuánto duró?

—Cuarenta y dos minutos.

—Pone treinta —dijo Lisandro—. Cuarenta y dos es demasiado específico. La especificidad invita a verificar.

—De acuerdo —dijo Torcuato.

—Y que los funcionarios de casilla anoten en el acta "breve contingencia de carácter técnico resuelta oportunamente". Exactamente eso. Que no improvisen.

Lisandro colgó y preparó el café. Era una mañana de trabajo normal.

En la casilla número cuatro del centro de San Eufrasio, Petra Abundis de Salinas esperaba desde las nueve y media con su credencial en la mano. Cuando llegó el apagón la fila se dispersó con la resignación de quien ha tenido esta experiencia antes. Petra esperó en la banqueta los cuarenta y dos minutos. Cuando la casilla reabrió, un funcionario revisó la lista y levantó la vista.

—¿Su nombre?

—Petra Abundis de Salinas.

El funcionario recorrió la lista dos veces con el dedo.

—No aparece.

—¿Cómo que no aparece? Voté aquí en las últimas tres elecciones.

—No aparece —repitió el funcionario, con el tono de quien comunica un hecho sin asumir responsabilidad por él.

—¿Y qué hago?

—Puede levantar una queja. —El funcionario sacó un formato de un cajón—. El 7-B.

Petra tomó el formato. Tenía siete páginas.

—¿Y esto para qué sirve? —dijo Petra.

El funcionario la miró con la expresión de quien no tiene instrucciones para esa pregunta específica.

—Para levantar su queja —dijo finalmente.

Petra Abundis dobló el formato en cuatro partes y se lo guardó en el delantal. Se fue caminando de vuelta a su casa, que quedaba a seis cuadras y en cuyo cajón de la cocina había una fotografía plastificada de su esposo, muerto cuatro meses antes en el descarrilamiento, que era el otro asunto para el que tampoco había respuesta disponible en los mecanismos institucionales de Cocolzingo.

Durante la tarde, conforme llegaban los resultados parciales, Eufemia monitoreaba las cifras desde la sede de campaña. Torcuato entraba cada media hora con actualizaciones.

—Vamos arriba dieciséis puntos —dijo Torcuato a las siete.

—¿Cómo vienen los municipios del sur? —dijo Eufemia.

—Bien. Los colectivos cumplieron.

—No digas eso así —dijo Eufemia.

—¿Cómo lo digo?

—Di que la participación ciudadana en los municipios del sur fue particularmente activa.

Torcuato lo anotó.

—La participación ciudadana en los municipios del sur fue particularmente activa —repitió.

—Así —dijo Eufemia.

A las nueve de la noche, con el sesenta y tres por ciento de las actas computadas y una ventaja de Eufemia de dieciséis puntos, Lisandro seleccionó la versión doce del comunicado de victoria y la distribuyó a todos los medios. La oficina de Olivia Chinbum acusó recibo en cuatro minutos con un mensaje de felicitación. Lisandro lo leyó con la satisfacción del alumno aventajado reconocido por su maestra, sin detenerse a considerar que lo que la maestra reconocía era la eficiencia con que se había reproducido el mismo modelo que ella aplicaba a escala nacional.

A las diez con veinte, Eufemia se presentó ante sus simpatizantes en el Teatro Municipal. Pelo color amarillo huevo impecablemente peinado, expresión de sorpresa y gratitud practicada tres semanas frente al espejo.

—Esta noche —dijo Eufemia— el pueblo de Cocolzingo ha emitido un mandato inequívoco de transformación progresiva que la historia demandaba en este momento crucial.

El público aplaudió.

—Esta victoria no es mía. Es de ustedes. Es de cada ciudadana y ciudadano que creyó que era posible construir un Cocolzingo más justo, más honesto, más digno.

El público aplaudió más fuerte. Entre ellos había maestros cuyo salario había financiado involuntariamente la campaña. Había empleados públicos con contribuciones voluntarias descontadas. Había personas de municipios donde los colectivos autónomos de control territorial habían orientado el voto con una gestualidad que en el vocabulario del glosario era acompañamiento y en el vocabulario de los orientados era otra cosa. Todos aplaudían. No todos aplaudían por la misma razón, pero el aplauso, visto desde el escenario, era indistinguible.

En el camerino, antes del discurso, Lisandro había hecho el conteo final.

—Cuarenta y un eufemismos de primera categoría —le informó a Eufemia—. Dieciséis de segunda. Nueve innovaciones en tiempo real que incorporaré al glosario mañana.

—¿Alguno que no funcione? —dijo Eufemia.

—Todos funcionan. Aunque "reconfiguración del ecosistema político participativo" es un poco largo. Podría acortarse.

—Déjalo —dijo Eufemia—. Lo largo suena más técnico. Lo técnico suena más serio.

—De acuerdo —dijo Lisandro, y lo anotó como principio de diseño en su carpeta.

Esa misma noche, tres magistrados del Tribunal Electoral de Cocolzingo cuyos depósitos bancarios de las semanas previas Torcuato había gestionado desde cuentas de origen diversificado, validaron el proceso con la celeridad de quienes no necesitan leer el expediente para llegar a una conclusión que ya tienen. La resolución establecía que la jornada había sido "una expresión plena de la voluntad democrática del pueblo de Cocolzingo en condiciones de transparencia y equidad institucional". Lisandro Glosa había redactado la frase dos semanas antes y la había enviado en un documento de Word con control de cambios desactivado.

El narrador registra aquí, con la frialdad que el tema exige precisamente porque el tema es caliente, que en la noche en que Eufemia ganó la gubernatura de Cocolzingo el hospital general de Santa Remedios operaba con el cuarenta por ciento de su personal de guardia habitual porque el otro sesenta por ciento no había cobrado el bono correspondiente. Que en tres colonias del sur de la capital el agua no llegaba desde hacía once días por una falla que el comunicado municipal describía como proceso de mantenimiento preventivo. Que los familiares de los nueve muertos del descarrilamiento llevaban cuatro meses esperando una respuesta sobre el contrato que nadie había entregado. Nada de esto apareció en ninguno de los cuarenta y siete comunicados de victoria que Lisandro había preparado. Todo esto apareció, en cambio, en el bloc de Renato, que esa noche no estaba en la sala de prensa oficial.

Renato Verdat de Mole pasó la noche electoral en la calle. Llegó a San Eufrasio a las ocho de la mañana con Adán Llorente y el bloc de siempre. Documentó la apertura. Habló con representantes de oposición que tenían la expresión de quienes saben lo que va a ocurrir y saben que saberlo no cambia nada.

Cuando llegó el apagón, Renato contó los minutos con el reloj. Cuarenta y dos. Los anotó. Fotografió la fila que se dispersaba. Habló con cuatro ciudadanos que describieron lo ocurrido con el vocabulario directo de quien no ha recibido el glosario.

Y encontró a Petra Abundis en la banqueta, con el formato 7-B en el delantal.

—¿Puedo preguntarle qué pasó? —dijo Renato.

—Me quitaron de la lista —dijo Petra—. Vine a votar y no estaba.

—¿Tiene algún documento que pruebe que votó aquí antes?

—Tengo mi credencial con esta dirección. ¿Eso sirve?

—Sirve para el reportaje —dijo Renato—. ¿Le parece bien que la cite?

Petra lo miró durante un momento.

—¿Y para qué sirve el reportaje? —dijo, con la pregunta directa de quien ya ha tenido demasiados papeles que no sirven para nada.

Renato no respondió de inmediato. Era una pregunta que llevaba veintidós años sin responder satisfactoriamente.

—Para que quede registro —dijo finalmente—. Para que no pueda decirse que no ocurrió.

Petra consideró esto.

—De acuerdo —dijo—. Petra Abundis de Salinas. Con b de burro en Abundis.

Renato lo anotó. Con b de burro. Con la fecha y la hora y el número de casilla y la duración del apagón.

De vuelta en el coche, camino a Santa Remedios, Adán Llorente revisaba las fotografías del día en la pantalla de la cámara.

—Renato —dijo Adán—. Tengo cuatrocientas fotos del apagón, de las urnas, de la señora en la banqueta. ¿Las van a publicar?

—Las que entren —dijo Renato.

—¿Y van a servir de algo?

Renato condujo un momento sin responder.

—Van a estar —dijo finalmente—. Que sirvan depende de quien las vea.

Adán siguió revisando las fotos. Afuera, la carretera de San Eufrasio a Santa Remedios pasaba por tres comunidades donde esa noche los colectivos autónomos de control territorial habían garantizado que la jornada transcurriera con la tranquilidad de lo inevitable. Las comunidades estaban oscuras. Era tarde y la gente dormía, o fingía dormir, que en esas comunidades era una distinción que no siempre importaba.

Escribió hasta las tres de la mañana. El reportaje tenía sus cifras contra las cifras oficiales, los testimonios, las fotografías, el apagón de cuarenta y dos minutos contra la "breve contingencia" del acta. Lo publicó a las seis. Lo ignoraron todos los medios nacionales. Lo reprodujeron tres blogs con errores tipográficos. La prensa internacional lo citó dieciséis días después, cuando el tribunal ya había validado el proceso y Eufemia llevaba dos semanas nombrando su gabinete.

Renato anotó en el bloc: *Dieciséis mil lectores. Cero consecuencias electorales. Citado internacionalmente dieciséis días tarde. Archivar y continuar.*

Eufemia Pintafrescos era gobernadora de Cocolzingo.

Eso significaba, en términos prácticos, que el Estado de Cocolzingo iba a operar durante los siguientes seis años con el mismo principio que había regido la vida de Eufemia desde los seis años en la tienda de la señora Concepción: que las cosas son lo que uno dice que son. Para los maestros, las enfermeras, los vecinos sin agua, para Petra Abundis con su formato 7-B y para los familiares de los nueve muertos, eso significaba que iban a necesitar mucha paciencia. Y la disposición de seguir llamando por su nombre a las cosas que el gobierno de Eufemia llamaría de otra manera, que era un ejercicio que en Cocolzingo requería cada vez más energía y producía cada vez menos consecuencias verificables, pero que seguía siendo la única forma honesta de habitar un lugar.

Lisandro Glosa cerró su computadora a las once cuarenta y cinco, guardó sus cuarenta y siete versiones en la carpeta de archivo, y salió de la sede de campaña. En la puerta se cruzó con Gilberto Ponce, el redactor de La Palabra Llana, que había ido a cubrir la noche electoral desde la sede oficial.

—¿Me da una declaración para el diario? —dijo Gilberto.

—Con mucho gusto —dijo Lisandro—. El triunfo de esta noche es el triunfo del pueblo de Cocolzingo, que eligió con plena libertad el proyecto de transformación que.

—¿Y el apagón en San Eufrasio? —interrumpió Gilberto.

Lisandro lo miró con la expresión del que recibe una pregunta para la que ya tiene la respuesta preparada.

—La breve contingencia técnica de carácter eléctrico fue resuelta oportunamente por los funcionarios de casilla con total apego a los protocolos institucionales establecidos por el Instituto Electoral de Cocolzingo.

—Cuarenta y dos minutos —dijo Gilberto.

—¿Perdón?

—Duró cuarenta y dos minutos. Lo midió Renato.

Lisandro consideró esto durante dos segundos.

—Nuestra información indica una duración notablemente menor —dijo—. Buenas noches.

Y se fue, con la carpeta bajo el brazo y la satisfacción intacta del artesano cuya obra ha salido bien.

En San Eufrasio de los Llanos, Petra Abundis de Salinas guardó el formato 7-B en el cajón de la cocina junto a la fotografía de su esposo. Dos papeles que describían, cada uno a su manera, lo mismo: lo que en Cocolzingo se perdía sin que nadie lo llamara por su nombre.

CAPÍTULO 4

El gabinete de la resignificación permanente

La toma de posesión de Eufemia Pintafrescos como gobernadora del Estado de Cocolzingo se realizó un lunes de enero con cielos despejados y un discurso de treinta y ocho minutos que Lisandro había redactado en dos días. Cincuenta y tres eufemismos de primera categoría, según su propio conteo. Veintiún términos de resignificación progresiva. Cuatro neologismos de su propia invención que esperaba que entraran al vocabulario oficial con la naturalidad de lo que se repite suficientes veces.

En el hospital general de Santa Remedios, esa misma tarde, nueve personas esperaban en urgencias a dos médicos que cubrían un turno diseñado para cinco. Nadie grabó la fila.

El gabinete se formó en los días siguientes. Eufemia convocó a Lisandro y a Torcuato a su oficina para revisarlo antes del anuncio público.

—Secretario de Finanzas: Torcuato —dijo Eufemia.

—¿Yo? —dijo Torcuato.

—Tú conoces los números mejor que nadie.

—Conozco los números que no deben aparecer en ningún lado —dijo Torcuato, con la precisión del contador que distingue entre los dos tipos de conocimiento financiero disponibles en Cocolzingo.

—Exactamente —dijo Eufemia—. Por eso eres el indicado.

Torcuato asintió. No era la primera vez que su principal competencia profesional resultaba ser exactamente lo que alguien necesitaba.

—Secretaria de Educación: Remedios Canseco —continuó Eufemia.

—¿La coordinadora de mítines? —dijo Lisandro.

—La misma.

—¿Tiene experiencia en educación?

—Tiene experiencia en comunicar mensajes a audiencias masivas —dijo Eufemia —. La educación es exactamente eso.

Lisandro consideró la definición durante dos segundos. Era técnicamente coherente con su propio trabajo, lo cual le resultó incómodo de reconocer pero no lo suficiente como para objetar.

—De acuerdo —dijo, y lo anotó.

—Secretario de Seguridad: Aurelio Fuentes.

—¿El de seguridad privada? —dijo Lisandro.

—El mismo.

—¿Tiene vínculos con los colectivos?

—Tiene canales de comunicación con actores de gobernabilidad territorial —dijo Eufemia—. En este contexto eso es una ventaja, no un problema.

—¿Y si alguien lo investiga?

—Para eso está el glosario —dijo Eufemia—. ¿Para qué lo hiciste si no?

Lisandro no respondió. Guardó la lista. Era la conversación más directa que Eufemia había tenido con él desde que lo contrató, y directa no en el sentido del vocabulario sino en el de las implicaciones, que eran las que Lisandro prefería mantener en la zona nebulosa donde no requería procesarlas conscientemente.

Eufemia presentó su gabinete en una ceremonia transmitida en vivo. Música institucional, nombres en pantalla con tipografía corporativa, semblanzas de dos párrafos en el vocabulario del glosario, sin currículum verificable de ninguno. Los periodistas acreditados en la sala de prensa recibieron el boletín oficial con las semblanzas y ninguna pregunta incómoda porque las preguntas incómodas en las ceremonias de toma de posesión en Cocolzingo tenían el mismo efecto que las preguntas incómodas en los mítines de campaña: quedaban sin respuesta dentro de un vocabulario que hacía la respuesta imposible de rebatir y el

periodista terminaba la conferencia con la sensación de haber preguntado sin haber obtenido nada que publicar, que era exactamente el efecto buscado.

Renato no asistió a la ceremonia. Estaba en el hospital verificando el dato de los medicamentos faltantes con facturas, fechas y nombre del proveedor que había dejado de entregar sin que ningún comunicado oficial lo mencionara. Adán lo llamó desde afuera del teatro.

—Renato, ¿no vas a cubrir el gabinete?

—Ya sé quiénes son —dijo Renato—. Lo que no sé es lo del hospital.

—Pero todos los medios están aquí.

—Todos los medios tienen el boletín —dijo Renato—. Yo tengo otras cosas.

El primer acto formal del gabinete fue la aprobación del Glosario Institucional de Comunicación Gubernamental de Cocolzingo, cuarenta y ocho páginas que Lisandro presentó en la primera reunión de trabajo con la solemnidad del arquitecto que entrega los planos de un edificio importante.

—Esto —dijo Lisandro, colocando el documento en el centro de la mesa— es el idioma del gobierno. A partir de hoy, todos los comunicados, boletines, declaraciones y respuestas a medios se producen dentro de este vocabulario. Sin excepciones.

La secretaria de Educación hojeó las primeras páginas.

—¿Qué es "austeridad involuntaria transitoria"? —dijo.

—Pobreza —dijo Lisandro.

—¿Y por qué no decimos pobreza?

—Porque pobreza implica responsabilidad del gobierno. Austeridad involuntaria transitoria implica una condición que puede superarse con esfuerzo personal.

—Ah —dijo la secretaria de Educación, y siguió hojeando con la expresión de quien acaba de entender algo que habría preferido no entender.

El secretario de Seguridad, Aurelio Fuentes, llegó a la página donde aparecía su área.

—"Interacciones sociales de alta intensidad" —leyó en voz alta—. ¿Eso es qué?

—Violencia —dijo Lisandro.

—¿Y "privación temporal de la libertad de desplazamiento"?

—Secuestro.

—¿Y "cobro no regulado de contribuciones de seguridad en zonas de gestión informal"?

—Extorsión.

El secretario Fuentes cerró el glosario. Miró a Eufemia.

—¿Y si me preguntan directamente sobre alguno de estos temas? —dijo.

—Respondes dentro del vocabulario del glosario —dijo Eufemia—. Si alguien usa la palabra correcta, tú usas la del glosario. Si insisten, dices que el análisis

simplista no captura la complejidad multidimensional del fenómeno. Si siguen insistiendo, terminas la conferencia.

—¿Y si es Renato Verdat?

Hubo una pausa breve.

—Especialmente si es Renato Verdat —dijo Eufemia.

El glosario se distribuyó en cinco mil ejemplares entre funcionarios, maestros, empleados públicos y medios de comunicación. En las escuelas llegó acompañado de una circular de la secretaria Canseco que instruía a los docentes a "incorporar la nomenclatura institucional en las comunicaciones con padres de familia y en la producción de materiales pedagógicos". Un maestro de quinto año de la escuela Benito Juárez de Santa Remedios leyó la circular dos veces, miró el glosario, y en el recreo le comentó a su colega de sexto que le parecía raro que el gobierno mandara un diccionario con instrucciones de uso.

—¿Raro por qué? —dijo la colega de sexto.

—Porque los diccionarios no vienen con instrucciones —dijo el maestro—. Te dicen qué significan las palabras. Este te dice qué palabras usar.

La colega de sexto lo pensó un momento.

—Igual y es lo mismo —dijo.

—No —dijo el maestro—. No es lo mismo.

Ninguno de los dos lo reportó a ninguna autoridad. Era una conversación de recreo, no una queja formal, y en Cocolzingo había aprendido a distinguirse entre las dos cosas con la precisión de quien sabe que solo la segunda tiene consecuencias. Lisandro supervisó la distribución con la satisfacción del autor en día de presentación. En los municipios donde los colectivos autónomos operaban, los vecinos seguían llamando a las cosas por sus nombres reales en privado y guardaban el vocabulario del glosario para las interacciones con funcionarios, bilingüismo forzado que Cocolzingo había desarrollado con los años y que ningún lingüista habría encontrado saludable.

El glosario llegó a La Palabra Llana un miércoles por la mañana con una nota que invitaba cordialmente a los medios a adoptar la nomenclatura institucional en beneficio de una comunicación más armónica. Epifanio lo leyó hasta la página cuatro y lo pasó al escritorio de Renato sin comentario.

Renato lo leyó completo. Cuarenta y ocho páginas, con el bloc al lado. Al terminar se paró en el marco de la puerta de la oficina de Epifanio.

—Epifanio.

—¿Qué?

—¿Leíste el glosario?

—Hasta la página cuatro.

—Lee la doce —dijo Renato.

Epifanio encontró la página doce. Leyó. Levantó la vista.

—"Pérdidas de vida en contexto de interacción social intensa" —leyó Epifanio.

—Homicidios —dijo Renato.

—Lo sé.

—¿Y qué hacemos con esto?

Epifanio consideró la pregunta mirando el glosario.

—¿Qué propones tú? —dijo.

—Una columna. Dos columnas paralelas. La palabra del glosario a la izquierda. La palabra correcta a la derecha. Sin comentario editorial. El lector ve el contraste solo.

—Van a llamar —dijo Epifanio.

—Ya llaman de todas formas.

—Van a cancelar publicidad.

—Ya cancelan de todas formas.

Epifanio cerró el glosario. Miró a Renato durante cuatro segundos.

—Hazla —dijo.

La columna se publicó el jueves. Se llamaba *Traductor* y tenía treinta y dos entradas. Cuarenta y tres mil lecturas en las primeras veinticuatro horas. Dos anunciantes cancelaron. Uno nuevo se incorporó, una librería independiente cuyos dueños llamaron a Epifanio para decirle que querían estar en un medio que publicaba eso.

—¿Qué les dijiste? —preguntó Renato cuando Epifanio le contó.

—Que bienvenidos —dijo Epifanio, con la emoción contenida de quien no está acostumbrado a que anunciar en su diario sea una declaración de principios.

Renato recibió ese día un mensaje de un número desconocido: *muy gracioso*.

—¿Amenaza o cumplido? —le preguntó Adán Llorente cuando Renato se lo mostró.

—No sé —dijo Renato.

—¿Y qué haces?

—Anoto el número —dijo Renato—, y sigo publicando.

Lo anotó en el bloc con la fecha y la hora. Entre paréntesis, debajo del número, anotó también la sensación en el estómago, porque llevar registro era su método para todo y este caso no era diferente aunque la sensación sí lo fuera.

La Secretaría de Comunicación publicó un comunicado que describía la columna como "una pieza desinformativa que distorsiona el esfuerzo comunicacional del gobierno de Cocolzingo". No refutaba ninguna entrada del glosario. Lisandro lo había redactado en catorce minutos.

Ese mes Renato publicó cuatro reportajes. Medicamentos faltantes en el hospital. Cifras de violencia contra los registros del gobierno anterior. El agua en el sur. Y el contrato del tren, esta vez con más información porque una mañana encontró en el buzón del diario un sobre manila sin remitente que contenía doce

páginas de documentos internos sobre la adjudicación de 2019. No había nota. No había nombre.

Renato los leyó en su escritorio con la puerta cerrada, que era algo que hacía rara vez porque la puerta cerrada en una redacción pequeña produce más preguntas que la puerta abierta. Al terminar llamó a Gilberto.

—Gilberto, necesito que busques el Registro Público de Comercio de Cocolzingo. Empresa Constructora Vías del Progreso S.A. de C.V. Quiero saber quién firma como apoderado legal.

—¿Para cuándo?

—Para hoy —dijo Renato—. Y no le digas a nadie qué estás buscando.

—¿Por qué?

—Porque no —dijo Renato, con el tono que en veintidós años Gilberto había aprendido a interpretar correctamente como razones que existen pero que no conviene verbalizar todavía.

Los cuatro reportajes usaban las palabras que correspondían. Ninguno produjo consecuencias institucionales en el corto plazo. Epifanio los aprobó todos. Lisandro los leyó todos y los archivó en una carpeta que llamó "ruido mediático no alineado". Luego llamó a la secretaria de Educación.

—Remedios, el reportaje sobre los medicamentos en el hospital está generando comentarios en redes.

—¿Y qué hago? —dijo la secretaria Canseco.

—Publica un comunicado sobre el programa de abasto farmacéutico del estado. No menciones el hospital. No menciones los medicamentos faltantes. Habla del programa en general y usa las palabras del glosario.

—¿Cuáles palabras exactamente?

—"Proceso de optimización de la cadena de suministro farmacéutico con enfoque en la equidad territorial del acceso a la salud".

—Es mucho para memorizar.

—No tienes que memorizarlo —dijo Lisandro—. Te lo mando por escrito. Solo léelo exactamente como está. No improvises.

—¿Y si me preguntan por los medicamentos específicos que faltan?

—Dices que eso está en proceso de revisión técnica y que cualquier información adicional será comunicada por los canales institucionales correspondientes.

—¿Y si insisten?

—Terminas la conferencia —dijo Lisandro, que era la respuesta para todo lo que no tenía otra respuesta.

Y Eufemia, cuando Lisandro le informó sobre los reportajes, dijo lo que había aprendido a los seis años como principio de operación y que seguía siendo el más eficiente disponible en su repertorio:

—Los problemas que no se nombran oficialmente no existen oficialmente. Lo que no existe oficialmente no requiere respuesta oficial.

Era la misma lógica que había funcionado con los caramelos de la señora Concepción cuarenta y cinco años atrás.

Seguía funcionando.

En el mercado Hidalgo de Santa Remedios, entre tanto, los precios subían cada semana con la indiferencia de los precios ante cualquier decisión de comunicación institucional. La señora del puesto de tortillas había subido el precio del kilogramo por tercera vez en seis meses. Sus clientes lo notaban. Ningún comunicado oficial lo nombraba. Y Renato Verdat de Mole, de vuelta en su escritorio después del hospital, abrió el bloc y escribió la primera línea de lo que sería, un mes después, la columna que más lectores le traería en toda su carrera:

Tres precios. Ningún comentario. El primero de cada mes.

CAPÍTULO 5

Los ajustes transitorios de liquidez social

A los seis meses de gobierno, la economía de Cocolzingo entró en lo que Lisandro Glosa llamó "fase de ajuste transitorio con oportunidades de reposicionamiento estructural" y que los tres economistas independientes del estado llamaban recesión. El desempleo subía. La inversión privada bajaba. Tres fábricas habían cerrado ese semestre. En las colonias populares de Santa Remedios la gente había empezado a reducir el número de comidas diarias con la discreción de quien no quiere que sus vecinos lo sepan, que era un tipo de pobreza que no aparece en ningún indicador oficial pero que tiene una presencia muy concreta en las cocinas de las casas donde ocurre.

Una mañana de ese semestre, el gerente de una de las tres fábricas cerradas llamó a Renato.

—Señor Verdat, quiero que sepa lo que pasó.

—Cuénteme —dijo Renato, con el bloc abierto.

—Cerramos porque los contratos públicos se fueron todos a las mismas empresas. Las que aportaron a la campaña. Nosotros no aportamos. En seis meses perdimos el cuarenta por ciento de nuestra cartera.

—¿Tiene documentos?

—Tengo los contratos adjudicados. Están en el Diario Oficial. Son públicos. Solo hay que saber qué buscar.

—¿Me los manda?

—Se los mando. Pero no me cite. Si me citan cierro la otra planta también.

Renato anotó. Sin nombre. Con los documentos de referencia. Era el tipo de fuente que definía el periodismo de Cocolzingo: gente que sabía, que quería que se supiera, y que no podía aparecer porque el costo de aparecer era mayor que

el costo de callarse, lo cual era otra manera de decir que el sistema funcionaba exactamente como Eufemia lo había diseñado.

Eufemia convocó a su gabinete económico para diseñar la estrategia de comunicación.

—El problema —dijo Torcuato, con la honestidad de los números que no admiten eufemismo en privado— es que el PIB cayó tres punto siete.

—El problema —lo corrigió Eufemia— es que estamos comunicando mal.

—El PIB cayó tres punto siete —repitió Torcuato, porque era contador y los números le costaba trabajo que se los reinterpretaran.

—Torcuato —dijo Eufemia con paciencia—. El PIB es un indicador diseñado por economistas del modelo anterior para medir el éxito del modelo anterior. Nosotros tenemos un modelo distinto. Necesitamos indicadores distintos.

Hubo un silencio en la sala.

—¿Indicadores que midamos nosotros? —dijo la secretaria de Educación Canseco, que había empezado a entender la lógica del gobierno con más velocidad de lo que Lisandro había anticipado.

—Indicadores que reflejen la realidad de la transformación —dijo Eufemia.

—¿Y eso cómo se llama? —dijo Torcuato.

—Lisandro —dijo Eufemia.

—Instituto de Medición del Bienestar y el Desarrollo Territorial de Cocolzingo —dijo Lisandro, que llevaba dos semanas con la propuesta preparada porque había anticipado exactamente esta conversación—. Con cuatro índices propios: Potencial Productivo Emergente, Resiliencia Económica Territorial, Densidad Laboral Cualificada y Satisfacción Subjetiva del Bienestar Territorial.

—¿Satisfacción subjetiva? —dijo Torcuato.

—Lo que la gente siente que le va —dijo Lisandro.

—¿Y si la gente siente que le va mal?

—Depende de cómo se les pregunte —dijo Lisandro.

Torcuato miró a Lisandro durante tres segundos con la expresión del contador que acaba de entender que hay más de una manera de producir el número que necesitas, y que no todas requieren falsificar un documento.

Eufemia convocó una conferencia de prensa para explicar la situación económica. Llegó con el pelo color amarillo huevo recién peinado y las gráficas de Lisandro: barras ascendentes en indicadores sin historia previa, porque sin historia previa no hay comparativo y sin comparativo no hay deterioro visible.

—La economía de Cocolzingo —dijo Eufemia ante las cámaras— atraviesa un periodo de ajuste transitorio de liquidez social que forma parte natural del proceso de transformación estructural que estamos liderando. Los que interpretan este momento como crisis no han comprendido la magnitud del proyecto que estamos construyendo.

Renato, en la segunda fila, levantó la mano.

—Gobernadora, el PIB cayó tres punto siete por ciento según el INEGI. ¿Cómo responde a eso?

—El PIB es un indicador que no captura la complejidad del modelo de desarrollo integral —dijo Eufemia.

—¿Qué indicador sí la captura?

—El Índice de Potencial Productivo Emergente de Cocolzingo muestra un crecimiento del nueve por ciento en el mismo periodo.

—¿Quién elabora ese índice?

—El Instituto de Medición del Bienestar y el Desarrollo Territorial de Cocolzingo.

—¿Quién creó ese instituto?

—El gobierno del estado, en el ejercicio de sus facultades de planeación del desarrollo.

—¿Hace cuánto?

Pausa de dos segundos.

—Recientemente —dijo Eufemia.

—¿Cuánto es recientemente?

—La información está disponible en el Diario Oficial del Estado —dijo Eufemia, y señaló a la siguiente mano levantada con la fluidez de quien cambia de tema sin que parezca que está cambiando de tema.

Renato bajó la mano. Anotó en el bloc: *Instituto creado recientemente. Buscar decreto de creación. Buscar metodología. Buscar quién firma las encuestas.* Luego anotó debajo: *Tres precios: tortilla, leche, kilowatt. Primer lunes de cada mes. Sin comentario.*

Era la idea más simple que había tenido en años. La publicó ese mismo mes.

La columna se llamó *La canasta de Renato*. El primer mes la leyeron ocho mil personas. El segundo, doce mil, porque varios lectores habían empezado a llevar la página recortada al mercado para mostrarles a sus vecinos que lo que pagaban esta semana era verificablemente más que lo que pagaban tres meses atrás.

En el quinto mes llegó una carta al diario. Epifanio se la trajo a Renato en persona, que era algo que Epifanio hacía rara vez con las cartas de lectores.

—Lee esto —dijo Epifanio.

Renato leyó. La carta era de la señora Dolores Pacheco, de la colonia Ferrocarrilera. Decía que *La canasta de Renato* era lo primero que leía cada mes porque era lo único que le decía la verdad sobre lo que le pasaba a su quincena.

—¿La publicamos? —dijo Renato.

—Ya la publiqué —dijo Epifanio—. Quería que la vieras.

Renato la leyó de nuevo. No dijo nada. La guardó en el cajón central del escritorio, que era el cajón donde guardaba las cosas que no eran evidencia periodística sino otra cosa, más difícil de clasificar.

La Secretaría de Desarrollo Económico respondió a la columna con un comunicado que describía la metodología de Renato como "análisis reduccionista que no captura la complejidad multidimensional del bienestar económico territorial". Lisandro lo había redactado en veinte minutos y estaba satisfecho con él. Renato publicó el comunicado completo al día siguiente debajo de la tabla del mes, sin comentario.

Eufemia llamó a Lisandro cuando vio la página.

—¿Por qué publicamos ese comunicado? —dijo.

—Para responder sus ataques.

—Publicar el comunicado al lado de sus números le da razón a sus números —dijo Eufemia.

Lisandro consideró esto durante tres segundos. Era la primera vez en años que Eufemia lo hacía reconsiderar una decisión propia.

—Tiene razón —dijo Lisandro, con la incomodidad del artesano al que señalan un error en la obra que consideraba perfecta.

—En adelante no respondemos *La canasta* —dijo Eufemia—. Lo que no se nombra no existe.

—De acuerdo —dijo Lisandro.

—Y crea el Instituto esta semana. Necesito el primer informe en tres meses.

—¿Con qué cifras?

—Con las cifras que reflejen la transformación —dijo Eufemia.

—¿Cuánto crecimiento?

—Suficiente para ser creíble. No tanto para parecer inventado.

—Doce por ciento —dijo Lisandro, que había hecho ese cálculo antes de que Eufemia terminara la frase.

—Doce —dijo Eufemia—. Y que las gráficas sean en verde. El verde transmite prosperidad.

Torcuato presentó los nuevos impuestos en reunión privada con Eufemia y Lisandro.

—Necesitamos más ingresos —dijo Torcuato, con la claridad del que habla de números en privado—. El gasto corriente subió y la inversión privada bajó. Hay un hueco.

—¿Cuánto? —dijo Eufemia.

—Doscientos ochenta millones de pesos en el ejercicio.

—¿Cómo lo cubrimos?

—Subiendo impuestos o bajando gasto —dijo Torcuato.

—Bajamos el gasto en qué —dijo Eufemia, que conocía la respuesta pero quería escucharla.

—En hospitales, en mantenimiento de carreteras, en agua potable rural. En lo que no se nota de inmediato.

—¿Y cuándo se nota?

—En dos o tres años —dijo Torcuato.

—Para entonces ya tenemos otro presupuesto —dijo Eufemia—. Subimos los impuestos. ¿Cómo se llaman?

—Actualización contributiva solidaria —dijo Lisandro, que también tenía esa respuesta preparada.

—Ponle "para el fortalecimiento del bienestar colectivo" al final —dijo Eufemia.

—Ya lo tiene —dijo Lisandro.

Los nuevos impuestos llegaron ese mismo semestre bajo el nombre de "actualización contributiva solidaria para el fortalecimiento del bienestar colectivo". Eran aumentos reales en el predial, el agua y los trámites. Torcuato había calculado la recaudación. Lisandro había calculado el nombre. Lo que no había calculado nadie, o lo que había calculado Renato y publicado cuatro meses después con documentos en la mano, era que el cuarenta y tres por ciento de lo recaudado iría a gasto corriente de las secretarías, el veintidós a publicidad institucional del gobierno, y el diecisiete a un fondo de obras cuya licitación seguía sin publicarse. El dieciocho por ciento restante no aparecía con claridad suficiente en ninguna partida.

—¿Dónde está ese dieciocho por ciento? —le preguntó Gilberto a Renato cuando revisaron juntos los documentos.

—En algún lugar donde Torcuato decidió que era conveniente que estuviera —dijo Renato.

—¿Lo publicamos así?

—No. Lo publicamos cuando sepamos dónde —dijo Renato—. Mientras tanto publicamos lo que sí sabemos. Las cifras. Los porcentajes. Los destinos verificables. Y dejamos el dieciocho por ciento como pregunta abierta. Una pregunta abierta en un reportaje es más incómoda que una acusación. La acusación se puede negar. La pregunta hay que responderla.

—¿Y si no responden?

—El silencio también es una respuesta —dijo Renato—. A veces es la más elocuente.

Gilberto lo anotó en su cuaderno. Era el tipo de lección que no aparecía en ningún manual de periodismo pero que valía más que cualquier manual.

La Secretaría de Comunicación publicó un comunicado que describía el análisis de Renato como "interpretación sesgada y descontextualizada de los instrumentos de planeación financiera del gobierno", sin refutar ningún número. Sin responder el dieciocho por ciento. Sin mencionar *La canasta*.

En el mercado Hidalgo, la señora Dolores Pacheco compraba cada martes con la página doblada en el bolsillo del delantal. No porque necesitara los números: los

sabía de memoria. Los llevaba porque se los mostraba a la señora de los chiles, a la del puesto de lácteos, a su cuñada que vendía tortillas al mayoreo.

—Mira —le decía a cada una, señalando las dos columnas—. La izquierda es lo que dice el gobierno. La derecha es lo que costó el mes pasado. Y esto es lo que cuesta ahora.

Las señoras miraban. Comparaban. No decían nada que no supieran ya. Pero tenerlo escrito, con fecha y firma y el nombre del diario arriba, era diferente a saberlo. Era la diferencia entre una verdad privada y una verdad que existe en el mundo.

Eso también era periodismo, aunque la señora Dolores Pacheco no lo llamara así.

El narrador señala aquí que mientras Cocolzingo experimentaba un ajuste transitorio de liquidez social, el Instituto de Medición del Bienestar y el Desarrollo Territorial de Cocolzingo —creado por decreto ese mismo mes, presupuesto extraído de una partida de fortalecimiento institucional sin revisión legislativa— preparaba sus primeras encuestas con un cuestionario que comenzaba describiendo los logros del gobierno antes de preguntar a los encuestados cómo valoraban su bienestar. Era, en el vocabulario de cualquier metodólogo con formación básica, un sesgo de confirmación inducido. Era, en el vocabulario de Lisandro Glosa, una calibración metodológica orientada a capturar la percepción ciudadana en su contexto institucional adecuado. La diferencia entre las dos descripciones era la misma de siempre: una nombraba lo que ocurría y la otra nombraba algo distinto que producía los mismos efectos prácticos sin las mismas consecuencias jurídicas.

El primer informe del Instituto mostraría un crecimiento integral del bienestar ciudadano del doce por ciento.

Las tortillas seguirían subiendo.

Y Renato Verdat de Mole publicaría el primer lunes de cada mes, sin falta, los tres precios que el Instituto de Medición del Bienestar y el Desarrollo Territorial de Cocolzingo no medía porque no había sido creado para medir lo que costaba comer.

CAPÍTULO 6

Socios estratégicos de estabilidad

El intermediario de bienes raíces se llamaba Próspero Aguirre Villafuerte, y llegó a la oficina de Eufemia un miércoles por la mañana con la puntualidad de quien tiene una cita que ambas partes prefieren que no quede registrada en ninguna agenda oficial. Era un hombre de cuarenta y cuatro años, traje gris, zapatos caros, el tipo de cara que en Cocolzingo los reporteros de sociales fotografiaban en inauguraciones sin preguntar demasiado quién era.

—Los amigos del sur tienen una solicitud —dijo Próspero, con el tono de quien comunica hechos sin asumir responsabilidad por su contenido.

—¿Qué tipo de solicitud? —dijo Eufemia.

—Ampliar el territorio. De cuatro municipios a seis.

—¿Cuáles dos?

—San Eufrasio y La Merced.

Eufemia miró por la ventana durante tres segundos.

—San Eufrasio tiene historia —dijo.

—Lo saben —dijo Próspero—. Por eso lo piden. Dicen que precisamente porque tiene historia es donde más necesitan operar sin interferencia.

—¿Y a cambio?

—Tres contratos. Obra pública. Empresa de fachada. Torcuato ya conoce el mecanismo.

—¿Algo más?

—El jefe de la policía municipal de San Eufrasio —dijo Próspero—. Está investigando distribución en el municipio. Quieren que salga.

Eufemia se quedó en silencio un momento.

—¿Quieren que salga o quieren que le pase algo?

—Quieren que salga —dijo Próspero—. Son razonables cuando uno es razonable con ellos.

Eufemia asintió. Era la misma lógica que había usado en el Frente Estudiantil con Teódulo Miramontes: quien no está de acuerdo se va, no necesariamente por las malas si hay otra salida disponible. La diferencia era la escala. En escala, el principio seguía siendo el mismo.

—Llama a Lisandro —dijo Eufemia.

—¿Para qué? —dijo Próspero.

—Para que encuentre el nombre correcto para todo esto.

Lisandro llegó a los cuatro minutos con el bloc y el bolígrafo. Eufemia le explicó los tres puntos. Lisandro tomó notas sin levantar la vista.

—Los municipios: "reorientación territorial de los recursos de seguridad hacia las áreas de mayor vulnerabilidad social" —dijo Lisandro mientras escribía—. Los contratos: "adjudicaciones estratégicas a proveedores certificados con trayectoria verificada". El jefe de policía: "proceso de renovación del liderazgo institucional en el marco de la política de modernización de los cuerpos de seguridad".

Terminó de escribir. Levantó la vista.

—Doce minutos —dijo, mirando su reloj—. Récord personal.

Próspero lo miró sin entender por qué eso importaba.

—Bien —dijo Eufemia—. Que no haya comunicado hasta que el jefe de policía haya presentado su renuncia. En ese orden.

El jefe de la policía municipal de San Eufrasio se llamaba Rodrigo Cantú Herrera, llevaba ocho años en el cargo y había iniciado tres semanas antes una investigación sobre la red de distribución que operaba en el municipio. Lo llamó el secretario de Seguridad Aurelio Fuentes un jueves por la tarde.

—Rodrigo, tenemos que hablar de tu situación —dijo Fuentes.

—¿Qué situación?

—Tu posición en San Eufrasio ya no es viable en el nuevo contexto institucional.

—¿Qué nuevo contexto?

—El gobierno está modernizando los cuerpos de seguridad. Hay perfiles más adecuados para los nuevos requerimientos.

Cantú Herrera dejó pasar un silencio.

—¿Me están corriendo? —dijo.

—Te estamos ofreciendo una transición ordenada con todas las prestaciones correspondientes.

—¿Por la investigación?

—Por los requerimientos del nuevo perfil institucional —dijo Fuentes, que había practicado la frase con Lisandro esa mañana durante veinte minutos.

—Rodrigo —dijo Fuentes después de un momento, bajando la voz—, te lo digo con respeto: presenta la renuncia esta semana. Y consíguete trabajo en otro estado. Pronto.

Cantú Herrera entendió lo que "pronto" significaba en ese contexto. Presentó su renuncia el viernes. El lunes de la semana siguiente ya estaba en otro estado, trabajando en seguridad privada. Nunca habló públicamente sobre los motivos. En San Eufrasio, la gente que sabía lo que había ocurrido lo sabía sin necesitar que nadie se los explicara, porque en Cocolzingo había cosas que se entendían sin explicación, y esta era una de ellas.

En los seis municipios del acuerdo ampliado, entre tanto, la violencia no era "expresiones de conflictividad social en proceso de atención institucional". Era secuestros. Era extorsión a comerciantes que pagaban o cerraban. Una señora que vendía tacos en el mercado de La Merced le contó a Renato, que había ido a verificar un dato, que desde hacía tres meses le cobraban una cuota semanal que ella llamaba por su nombre porque no tenía motivo para llamarla de otra manera.

—¿Lo denunció? —dijo Renato.

—¿A quién? —dijo la señora.

—A la policía municipal.

—La policía municipal sabe que existe —dijo la señora—. Lo que no existe es el jefe de policía que hacía preguntas. Ese ya no está.

Renato lo anotó. No preguntó más. El dato estaba completo.

En los seis municipios del acuerdo ampliado, la violencia no era "expresiones de conflictividad social en proceso de atención institucional". Era secuestros. Era

extorsión a comerciantes que pagaban o cerraban. Era personas que no salían de noche en ciertas calles. El jefe de policía que había intentado investigar trabajaba ahora en otro estado. El comunicado de Lisandro había sido publicado. Los contratos de obra pública habían sido adjudicados. El ciclo estaba completo.

El narrador registra aquí, con la frialdad que el tema exige: que en el año en que los colectivos autónomos de control territorial renegociaron sus términos con el gobierno de Eufemia, los homicidios en Cocolzingo aumentaron un diecisiete por ciento. Los secuestros un veintidós. Las extorsiones un nueve, cifra conservadora porque la extorsión es el delito con menor tasa de denuncia, ya que las personas que pagan para que no las maten generalmente prefieren no anunciarlo. Los comunicados de la Secretaría de Convivencia Armónica registraron ese año una "reducción del doce por ciento en las expresiones de conflictividad social de alta intensidad". Nadie dentro del gobierno pudo explicar la diferencia en ningún foro donde alguien se la preguntara con documentos en la mano, porque nadie con documentos en la mano llegó a esos foros porque Lisandro Glosa no organizaba foros de ese tipo.

Renato Verdat de Mole pasó seis semanas verificando lo que iba a publicar. No porque dudara sino porque lo que sabía necesitaba ser demostrable, y demostrable significaba documentos, fuentes con más de una corroboración independiente, y hechos que resistieran la pregunta que un abogado haría antes de que el reportaje causara el daño que Renato calculaba que iba a causar.

Una tarde llamó a Gilberto a su escritorio y cerró la puerta.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —dijo Renato.

—Tres años.

—¿Confías en mí?

Gilberto lo miró.

—Sí —dijo.

—Voy a publicar algo que va a generar una reacción distinta a las anteriores. No una llamada de anunciante. Algo diferente. Necesito que lo sepas antes de que salga.

—¿Qué tipo de reacción?

—No sé exactamente. Por eso te lo digo. Para que no te tome por sorpresa.

—¿Y lo publicas de todas formas?

—Lo publico de todas formas —dijo Renato.

Gilberto asintió.

—¿Qué necesitas de mí?

—Que verifiques dos registros mercantiles esta tarde. Y que no le digas a nadie qué estás buscando.

El reportaje se publicó un jueves. Tres mil palabras. Nombres completos, sin apodos ni iniciales: los líderes de los colectivos, los municipios que controlaban, los vínculos verificables con la campaña, los contratos de obra pública, el

nombre real del propietario de la empresa de fachada, que era Próspero Aguirre Villafuerte, el mismo intermediario que había estado en el desayuno del Versalles dieciocho meses atrás. Y en el segundo párrafo, la explicación de por qué usaba los nombres: porque las personas tienen nombres, porque los crímenes tienen responsables, y porque el periodismo que sustituye los nombres por siglas ya eligió de qué lado está.

Esa tarde, La Palabra Llana recibió una llamada.

Epifanio atendió. Escuchó durante cuarenta segundos sin decir nada. Colgó. Se quedó sentado mirando el teléfono durante un momento. Luego se paró y fue al escritorio de Renato.

—Recibí una llamada —dijo Epifanio.

—Lo sé —dijo Renato.

—No era sobre publicidad.

—Lo sé.

—¿Qué hacemos?

Renato miró a Epifanio. En veintidós años era la primera vez que Epifanio le hacía esa pregunta con ese tono, el tono de quien genuinamente no sabe y necesita que la respuesta de alguien más importe.

—El reportaje ya está publicado —dijo Renato—. Lo que hacemos ahora es publicar el siguiente.

Epifanio asintió con la lentitud de quien asiente no porque esté convencido sino porque reconoce que la alternativa es peor. Renato salió de la oficina con algo que no era exactamente miedo pero que tampoco era exactamente otra cosa. Lo anotó en el bloc entre paréntesis, debajo de la fecha, porque llevar registro era su método para todo.

Eufemia llamó a Lisandro esa misma noche.

—¿Cómo llegó a esos nombres? —dijo.

—No lo sé. Alguien habló.

—¿Quién?

—Pueden ser varios. El registro mercantil es público. Las actas de campaña las tiene el Instituto Electoral. Los contratos están en el Diario Oficial. Con tiempo y método se pueden conectar.

—¿Y Próspero?

—Próspero aparece en los registros públicos como propietario de las empresas. No hay forma de evitarlo.

—¿Qué hacemos?

—Desmentir no sirve —dijo Lisandro—. Los documentos son reales. Si desmentimos, él publica los documentos de nuevo y parecemos mentirosos además de lo que ya parecemos.

—¿Entonces?

—Silencio estratégico —dijo Lisandro—. No respondemos el reportaje. Publicamos comunicados sobre otros temas. Llenamos el espacio con otras noticias. En dos semanas el ciclo de atención pública pasa a otra cosa.

—¿Y funciona?

—Funciona si los otros medios no lo retoman —dijo Lisandro—. ¿Cuántos de los veintidós van a publicar esto?

Eufemia pensó un momento.

—Ninguno —dijo.

—Entonces funciona —dijo Lisandro.

Tenía razón en lo de los veintiún medios. Ninguno de los veintiún publicó el reportaje. Lo leyeron seis mil personas. Fue citado por cuatro blogs de oposición con errores tipográficos. Fue archivado en los expedientes de dos organizaciones internacionales de derechos humanos que lo citarían en un informe cuatro meses después, cuando ya era tarde para que importara de manera inmediata aunque no tarde para que quedara en el registro, que era la única victoria que Renato se permitía contabilizar.

Al día siguiente, Lisandro Glosa preparó el comunicado de respuesta al reportaje en ocho minutos, dos menos que su récord anterior. Describía el reportaje como "una narrativa desinformativa con sesgo ideológico que busca desestabilizar el clima de convivencia armónica". No refutaba ningún nombre. No contradecía ningún vínculo. Era el envoltorio de siempre: denso, inrefutable, y completamente vacío de cualquier cosa que respondiera lo que el reportaje preguntaba.

Renato lo leyó. Lo archivó. Publicó el siguiente reportaje.

—¿Cuándo para esto? —le preguntó Adán Llorente una tarde mientras cargaban el equipo al coche.

—¿El qué?

—Todo esto. El ciclo. Ellos hacen algo, tú lo publicas, ellos niegan, tú publicas de nuevo.

Renato pensó un momento.

—Cuando el lector decida que ya tuvo suficiente —dijo.

—¿Y si no decide?

—Entonces no para —dijo Renato—. Pero el registro queda. Y el registro es lo único que sobrevive a los gobiernos.

Adán consideró esto mientras cerraba el maletero.

—Es poco —dijo.

—Es lo que hay —dijo Renato.

Y arrancó el coche.

Afuera, la carretera pasaba por La Merced y San Eufrasio. En La Merced, la señora de los tacos estaba terminando su jornada con la cuota de la semana ya

pagada y el negocio abierto, que era la definición exacta de lo que en el glosario se llamaba "gobernabilidad territorial" y que en la realidad de la señora se llamaba sobrevivir de la única manera disponible. En San Eufrasio, Petra Abundis de Salinas leía en su teléfono el reportaje de Renato que su vecina le había mandado, el que tenía el nombre de Próspero Aguirre Villafuerte, el intermediario de bienes raíces que también había estado en el proceso de adjudicación del contrato ferroviario de 2019, el que había matado a su esposo. Petra leyó el nombre dos veces. Lo guardó en la memoria como se guardan las cosas que no se sabe todavía para qué sirven pero que se siente que algún día van a servir para algo.

Lo recortó. Lo puso en el cajón de la cocina.

CAPÍTULO 7

La ley de la veracidad social responsable

La ley llegó con el nombre que Lisandro Glosa había trabajado durante tres semanas: Ley para la Promoción de la Veracidad Social Responsable y el Fortalecimiento del Ecosistema Informativo de Cocolzingo. Cuatrocientas diecisiete páginas. Un título de una línea y media. Y un propósito que no aparecía en ninguna de sus cuatrocientas diecisiete páginas con esa claridad pero que cualquiera que las leyera completas podía deducir sin ayuda: regular lo que los medios podían decir sobre el gobierno sin llamarlo regulación.

La idea había nacido en una reunión de gabinete tres meses antes.

—Tenemos un problema con La Palabra Llana —dijo Lisandro, con el tono de quien lleva tiempo pensando algo y ha decidido que ya es momento de decirlo.

—Define problema —dijo Eufemia.

—Renato Verdat. Publica lo que publica. Los otros veintidós medios no lo replican pero sus lectores sí lo comparten. El ciclo de atención es más largo de lo que quisiéramos.

—¿Y qué propones?

—No podemos cerrar el diario —dijo Lisandro—. Sería demasiado visible. Pero podemos crear un marco legal que haga que publicar ciertos contenidos sea jurídicamente riesgoso. No prohibirlo: encarecerlo. Que el costo de publicar sea suficientemente alto como para que la mayoría de los medios prefiera no publicar. Con La Palabra Llana no funcionará de inmediato, pero funcionará con los medios más pequeños. Y sin los más pequeños, el ecosistema informativo se achica.

—¿Cómo se llama eso? —dijo el secretario de Seguridad Fuentes.

—Ley para la Promoción de la Veracidad Social Responsable —dijo Lisandro—. El nombre es importante. Tiene que sonar como protección al ciudadano, no como restricción a la prensa.

—¿Y si alguien la lee completa? —dijo Torcuato.

—Nadie la va a leer completa —dijo Lisandro—. Por eso tiene cuatrocientas páginas.

Eufemia aprobó el proyecto esa misma tarde.

Eufemia firmó el proyecto esa tarde convencida, como siempre, de que lo que hacía era necesario y justo. No era cinismo: era la convicción de los seis años multiplicada por décadas de práctica. La ley no era censura. Era protección. No era control. Era orden. No era silencio. Era responsabilidad. Lo creía con la misma firmeza con que había creído que el sesenta y dos por ciento era consenso abrumador. La coherencia de su convicción a lo largo de cuarenta y cinco años era, en cierto modo, notable. En ningún otro modo lo era.

El proceso legislativo fue rápido. El partido de gobierno tenía mayoría calificada y los resultados estaban acordados antes de comenzar. Lisandro diseñó el documento con arquitectura deliberada: artículos inocuos en las primeras cincuenta páginas, definiciones generales hasta la página ciento veinte, y los artículos más comprometedores en las páginas ciento ochenta a doscientas cuarenta, que era el centro exacto del documento y el lugar donde la atención humana ante un texto largo alcanza su punto más bajo, dato que Lisandro había verificado en su maestría y que era lo más útil que había aprendido en ella.

La sesión de aprobación duró tres horas con doce minutos. Un legislador de oposición intentó leer en tribuna el artículo doscientos tres, el que establecía multas de hasta quinientas veces el salario mínimo por informaciones que "generen alarma social injustificada o desacrediten sin fundamento verificable las acciones del gobierno".

—Esto —dijo el legislador— es una ley para multar periodistas.

—Esta ley —respondió la vocera del partido de gobierno, leyendo el texto que Lisandro había preparado para ese momento exacto— es un instrumento de protección ciudadana contra la desinformación que daña el tejido social de Cocolzingo.

—¿Quién define qué es desinformación?

—El organismo técnico que la propia ley crea para ese fin —dijo la vocera.

—¿Quién nombra a ese organismo?

—El Ejecutivo estatal, con ratificación del Congreso.

—Con la mayoría que tiene el partido de gobierno en el Congreso —dijo el legislador.

—Con la representación democrática que el pueblo de Cocolzingo otorgó —dijo la vocera.

El legislador miró a sus colegas de oposición. Todos miraban sus teléfonos. La votación fue como siempre.

Eufemia firmó la ley tres días después con la pluma que Lisandro había elegido por su valor simbólico: una estilográfica que había pertenecido a un gobernador de los años sesenta cuya era el tiempo había suavizado con la misma eficiencia con que el tiempo suaviza todas las cosas que nadie nombra correctamente

durante suficientes años. La fotografía de la firma apareció en todos los medios que recibían publicidad gubernamental.

Antes de la firma, Lisandro le explicó el procedimiento a Eufemia.

—La ley no necesita aplicarse para funcionar —dijo Lisandro.

—Explícate.

—Si la aplicamos de inmediato, creamos mártires. Si simplemente existe, crea incertidumbre. Y la incertidumbre es más paralizante que la sanción concreta, porque la sanción concreta tiene un costo conocido y la incertidumbre tiene un costo desconocido, y la gente tiende a sobreestimar los costos desconocidos.

Eufemia lo miró.

—¿Dónde aprendiste eso?

—En la maestría —dijo Lisandro.

—¿Y qué más aprendiste ahí que no me has dicho?

—Muchas cosas —dijo Lisandro, con la satisfacción del que guarda sus mejores herramientas para cuando se necesitan.

—Dime una.

—Que la gente no recuerda lo que le dijiste —dijo Lisandro—. Recuerda cómo la hiciste sentir. Si la ley se percibe como protección, se recuerda como protección aunque en la práctica sea restricción.

—¿Y cómo la hacemos sentir como protección?

—Con el nombre —dijo Lisandro—. "Veracidad Social Responsable". Nadie está en contra de la veracidad. Nadie está en contra de la responsabilidad. La oposición tiene que argumentar contra palabras que suenan bien, que es la posición más incómoda en un debate.

Eufemia asintió despacio, con la expresión de quien escucha algo que ya sabe de manera intuitiva y lo ve por primera vez formulado con precisión.

—Bien —dijo—. Que tenga cuatrocientas páginas.

Los otros veintiún medios de Cocolzingo recibieron la ley el mismo día que Renato. La mayoría publicó el boletín de Lisandro sin modificación. El director del medio más grande del estado llamó a Epifanio esa tarde.

—Epifanio, ¿cómo van a cubrir la ley?

—Con el mismo criterio con que cubrimos todo —dijo Epifanio.

—¿El criterio de siempre?

—El criterio de siempre.

Hubo una pausa.

—Epifanio, somos colegas desde hace muchos años —dijo el director—. Te digo con respeto que hay momentos en que vale la pena considerar el contexto más amplio antes de tomar ciertas decisiones editoriales.

—Gracias por el consejo —dijo Epifanio.

—¿Lo van a considerar?

—Lo voy a considerar —dijo Epifanio, con el tono de quien dice que va a considerar algo y ambas partes entienden que el resultado ya está decidido.

Colgó. Llamó a Renato.

—Léela completa —dijo.

—Ya la estoy leyendo —dijo Renato.

El glosario institucional llegó a La Palabra Llana un miércoles. Epifanio lo leyó hasta la página cuatro y lo pasó al escritorio de Renato sin comentario, como siempre. Pero esta vez, antes de pasarlo, llamó a Renato a su oficina.

—Renato, siéntate.

Renato se sentó, que era algo que hacía raramente en la oficina de Epifanio porque la mayoría de sus conversaciones ocurrían de pie en el marco de la puerta.

—¿Leíste la ley? —dijo Epifanio.

—Completa.

—El artículo doscientos tres.

—Lo leí.

—Quinientas veces el salario mínimo —dijo Epifanio.

—Lo sé.

—Renato, llevamos el diario con lo que queda después de que los anunciantes con contratos gubernamentales se van. Si nos llega una multa de esa magnitud.

—Lo sé, Epifanio.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué hacemos?

Renato miró a Epifanio durante un momento.

—Lo mismo que siempre —dijo Renato—. Publicamos lo que es verdad con los documentos que lo demuestran. Si nos multan, lo publicamos también y que el lector vea por qué nos multan.

—Eso no paga la multa.

—No —dijo Renato—. No la paga.

Hubo un silencio.

—¿Sabes cuántos meses podemos operar sin publicidad gubernamental si esta se cancela completamente? —dijo Epifanio.

—No quiero saberlo —dijo Renato.

—Yo sí lo sé —dijo Epifanio—. Lo calculé anoche.

—¿Y?

—No te lo digo —dijo Epifanio— porque si te lo digo, ese número va a estar presente cada vez que decidas qué publicar. Y no quiero que ese número esté presente cuando decides.

Renato miró a Epifanio durante cuatro segundos. Era la declaración más generosa que Epifanio Cautivo había hecho en veintidós años de trabajo juntos, y los dos lo sabían aunque ninguno de los dos lo dijera.

—Gracias —dijo Renato.

—No me agradezcas —dijo Epifanio—. Hazlo bien.

Renato publicó el análisis de la ley en tres entregas bajo el título *Lo que dice la ley y lo que hace la ley*. Lenguaje ordinario, sin vocabulario jurídico, con una sola pregunta al final de la tercera entrega: si el organismo que decide qué es desinformación es nombrado por el gobierno que puede ser objeto de la desinformación, ¿qué resultado esperaría obtener?

La primera entrega fue reproducida por quince medios digitales nacionales. La segunda citada por dos legisladores de oposición en tribuna, que leyeron párrafos completos sin mencionar la fuente. Renato lo anotó en el bloc: *citado sin crédito. No importa. La información circuló.*

La Secretaría de Comunicación respondió con un comunicado que describía el análisis como "interpretación alarmista de un instrumento diseñado exclusivamente para proteger a los ciudadanos". Renato lo publicó íntegro al inicio de la tercera entrega, antes de su propio texto.

—¿Por qué publicas su respuesta antes del tuyo? —preguntó Gilberto.

—Porque quien lea el comunicado primero y luego mi análisis va a ver la diferencia solo —dijo Renato—. Si publico mi análisis primero, parezco el que ataca. Si publico su respuesta primero, soy el que responde. El orden cambia quién parece estar a la defensiva.

Gilberto lo anotó en su cuaderno.

La ley entró en vigor el primero del mes siguiente.

El artículo doscientos tres no fue aplicado en los primeros seis meses a ningún medio de Cocolzingo, lo cual Lisandro interpretaba como evidencia de que la ley funcionaba sin necesitar aplicarse, que era exactamente lo que había explicado a Eufemia antes de la firma. Y Renato interpretaba exactamente lo mismo, con la diferencia de que Renato lo consideraba más preocupante que si la hubieran aplicado, porque una amenaza que no se concreta dura más que una sanción que se ejecuta una vez y se puede calcular.

A las dos semanas de vigencia de la ley, un blog de periodismo ciudadano de la colonia Morelos había archivado sus publicaciones más recientes y reemplazado su portada con un texto que decía que estaban "en proceso de revisión de nuestros contenidos para asegurar el cumplimiento de las disposiciones legales vigentes". Nadie los había multado todavía. Nadie los había llamado. La ley simplemente existía y el blog había hecho el cálculo que Lisandro había anticipado: el costo desconocido de publicar contra el costo conocido de no publicar, y el costo desconocido había ganado, que era exactamente el

resultado que el artículo doscientos tres había sido diseñado para producir sin necesitar ejecutarse.

Renato leyó el texto del blog una mañana y lo guardó en su carpeta de seguimiento de la ley, sin comentario, porque el comentario no era necesario: el texto hablaba solo con la elocuencia de lo que ocurre cuando una amenaza funciona mejor que una sanción.

El número que Epifanio había calculado esa noche seguía en el cajón de su escritorio.

Renato no lo sabía.

Pero sabía que existía.

Lo había anotado en el bloc entre paréntesis, sin número, con la fecha y la intuición de quien lleva veintidós años leyendo a la misma persona y sabe cuándo está cargando algo que no está diciendo.

Publicó la cuarta columna sobre la ley al mes siguiente porque era lo que hacía y porque no hacerla habría sido la primera victoria real de Lisandro Glosa sobre algo que Lisandro Glosa no podía ganar con palabras.

En el cajón de la cocina de Petra Abundis de Salinas, en San Eufrasio, el recorte del reportaje con el nombre de Próspero Aguirre Villafuerte seguía donde lo había puesto. Petra había leído también el análisis de la ley, que su vecina del grupo de mensajes le había mandado. No entendió todos los artículos. Entendió el que decía que publicar cosas que incomodaran al gobierno podía costar quinientas veces el salario mínimo. Lo leyó dos veces. Pensó en el formato 7-B que seguía ahí, doblado en cuatro. Pensó en la fotografía de su esposo.

El cajón de Petra Abundis seguía siendo el archivo más honesto de Cocolzingo.

CAPÍTULO 8

Lo que los niños aprenden a no decir

La reforma a los libros de texto de Cocolzingo llegó con el nombre que Lisandro Glosa había trabajado en colaboración con la secretaria Canseco: "actualización curricular con enfoque humanista y perspectiva transformadora para el fortalecimiento de la identidad y el orgullo de los estudiantes cocolzingueños". Doscientas páginas de lineamientos. Un glosario pedagógico de cuarenta y dos términos. Y una instrucción central que Lisandro había redactado en una línea y que resumía todo lo demás: sustituir los términos con carga semántica adversa por expresiones que describan la realidad desde una perspectiva de posibilidad y transformación.

La secretaria Canseco presentó la reforma al equipo editorial que produciría los libros. Tres personas alrededor de una mesa, los materiales del semestre anterior frente a ellos, el glosario pedagógico en el centro.

—Empecemos por los más básicos —dijo la secretaria Canseco—. Pobreza.

—Austeridad involuntaria transitoria —dijo el editor, leyendo el glosario.

—¿Y desigualdad?

—Diversidad de trayectorias de desarrollo económico individual.

—¿Corrupción?

—Gestión irregular de recursos públicos en proceso de corrección institucional —leyó el editor. Luego levantó la vista—. ¿Puedo preguntar algo?

—Claro —dijo la secretaria.

—¿Los niños van a entender estas definiciones?

—Los niños aprenden el vocabulario que les enseñamos —dijo la secretaria Canseco, con la seguridad de quien repite algo que le enseñaron y que encontró suficientemente convincente como para no cuestionar—. Si les enseñamos este vocabulario, este es el vocabulario que aprenden.

—Pero en sus casas escuchan otro vocabulario —dijo el editor.

—En sus casas escuchan lo que escuchan —dijo la secretaria—. En la escuela aprenden lo que el libro dice. Son espacios distintos.

El editor miró el glosario. Miró la secretaria. Anotó algo en su cuaderno que no leyó en voz alta y siguió trabajando.

En la escuela Benito Juárez, el maestro de quinto año que había conversado con su colega sobre la diferencia entre un diccionario y un glosario con instrucciones recibió los libros nuevos una semana antes del inicio del ciclo. Los revisó en su casa esa noche. Al día siguiente llegó temprano y encontró a su colega de sexto en la sala de maestros.

—Ya revisé los libros —dijo el maestro de quinto.

—¿Y?

—En el capítulo de historia contemporánea ya no está la palabra corrupción. Aparece "gestión irregular de recursos públicos en proceso de corrección institucional".

—Ya lo vi —dijo la colega.

—¿Y cómo le explicas eso a un niño de diez años?

—Con el glosario —dijo la colega—. Está en el apéndice.

—El glosario tiene cuatro páginas y letra chica —dijo el maestro—. Los niños de diez años no leen glosarios.

—Entonces no lo explicas —dijo la colega, con la resignación de quien ha llegado a una conclusión que no le gusta pero que no tiene otra.

El maestro guardó silencio. Miró los libros apilados sobre su escritorio.

—¿Sabes qué van a hacer los niños? —dijo después de un momento—. En el examen van a escribir la frase del libro porque eso es lo que se les pide. Y en el recreo van a decir corrupción porque eso es lo que escuchan en su casa. Y van a aprender que en los exámenes se dice una cosa y en la vida otra.

—Eso ya lo sabemos todos —dijo la colega.

—Sí —dijo el maestro—. Pero antes lo aprendíamos solos. Ahora lo estamos enseñando.

No reportó la conversación a ninguna autoridad. Era una conversación de sala de maestros.

Los libros se imprimieron. Se distribuyeron en todas las escuelas públicas del estado en septiembre. Cuatrocientos veinte mil niños y jóvenes de Cocolzingo abrieron sus libros de texto y encontraron el vocabulario de Lisandro Glosa presentado con ilustraciones de colores y tipografía amigable.

Renato Verdat de Mole visitó tres escuelas primarias de Santa Remedios durante una semana en octubre con una carta de presentación redactada de manera suficientemente general como para que los directores asumieran que venía a escribir algo favorable, que era el único tipo de cobertura que esperaban de los medios que recibían publicidad gubernamental y que La Palabra Llana no recibía, dato que los directores no tenían motivo para verificar.

El primer día, en la escuela Benito Juárez, observó una clase de quinto año. La maestra explicaba el tema de "situaciones socioeconómicas en el contexto del desarrollo comunitario". Renato tomó notas en el pasillo, a través del vidrio de la puerta, sin entrar para no alterar la dinámica.

—¿Qué es la austeridad involuntaria transitoria? —preguntó la maestra.

—Una situación temporal de limitación de recursos que puede superarse con esfuerzo personal y apoyo solidario de la comunidad —respondió un niño en la primera fila, con la dicción de quien recita algo que memorizó para el examen.

—Muy bien —dijo la maestra.

En el recreo, Renato se sentó en una banca del patio con permiso de la directora para "observar el ambiente escolar". No tomaba notas durante el recreo. Los tomaba después, en el coche.

Escuchó a dos niñas de aproximadamente diez años.

—Mi mamá dice que estamos pobres —dijo una.

—La mía también —dijo la otra—. Dice que no alcanza para todo y hay que escoger.

—¿Escoger qué?

—Pues qué compramos. Si leche o si tortillas o si jabón.

Las niñas siguieron jugando. Renato esperó a estar en el coche para anotarlo.

Al día siguiente visitó la segunda escuela. En el recreo escuchó a un grupo de niños de sexto discutir sobre el noticiario que su maestra les había pedido que vieran.

—El gobernador dijo que hay una interacción social de alta intensidad en la colonia Norte —dijo uno.

—¿Eso qué es? —dijo otro.

—Que hubo balazos —dijo el primero—. Mi papá estaba ahí. Dice que fueron como diez.

—¿Y por qué no lo dicen así?

—Porque así no se dice —dijo el primero, con la resignación de los once años que ya han entendido que hay un idioma para la tele y otro para la casa.

Renato lo anotó todo en el coche.

El tercer día, en la escuela Lázaro Cárdenas, se quedó en el patio durante el recreo largo de la mañana. Una niña de once años se acercó a él con la confianza directa de los niños que aún no han aprendido a calibrar con quién se habla de qué.

—¿Usted es periodista? —dijo.

—Sí —dijo Renato.

—¿Va a escribir sobre nosotros?

—Puede ser. ¿Le parece bien?

La niña consideró esto.

—Depende de qué escriba —dijo.

—Cosas verdaderas —dijo Renato.

—Está bien entonces —dijo la niña—. ¿Me puede preguntar algo?

—Claro. ¿Qué es la pobreza?

La niña no dudó.

—Es cuando en tu casa no alcanza para todo y tienes que escoger —dijo.

Renato la miró.

—¿Eso lo aprendiste en el libro? —dijo.

—No —dijo la niña—. Eso lo aprendí en mi casa.

—¿Y en el libro cómo se llama?

La niña pensó un segundo.

—Austeridad invol... invol... —intentó—. Una cosa muy larga que no entiendo bien.

—¿Y qué crees que significa?

—Lo mismo que le dije —dijo la niña—. Pero con palabras que no usa nadie.

Renato anotó esto en el bloc cuando la niña se fue a jugar. No como dato periodístico. Como el momento más claro que había tenido en toda la investigación.

Esa tarde llamó a Adán desde el coche.

—Adán, necesito que mañana vengas conmigo a la escuela Benito Juárez. Quiero fotografías del recreo. Niños jugando, nada identificable, sin uniformes visibles.

—¿Para el reportaje de los libros?

—Para el reportaje de los niños —dijo Renato—. Son cosas distintas.

—¿Cuál es la diferencia?

—El reportaje de los libros es sobre lo que el gobierno puso en los libros. El reportaje de los niños es sobre lo que los niños saben que no está en los libros. El segundo es más importante.

—¿Y cómo sabes que los niños saben eso?

—Porque hoy una niña de once años me dio la mejor definición de pobreza que he escuchado en veintidós años —dijo Renato—. Y cuando le pregunté si la había aprendido en el libro dijo que no, que la había aprendido en su casa.

Hubo una pausa en el teléfono.

—¿La citas con nombre? —dijo Adán.

—Sin nombre. Sin escuela identificada. Solo lo que dijo.

—¿Y si eso es suficiente para que la identifiquen?

—Por eso las fotografías sin uniformes —dijo Renato.

Publicó el reportaje con el título *Lo que los niños dicen cuando no hay maestros*. No analizaba. No editorializaba. Citaba. Las respuestas del examen con el vocabulario del libro. Las conversaciones del recreo con el vocabulario de la casa. La niña de la escuela Lázaro Cárdenas y su definición. Sin nombre. Sin escuela identificada. Solo lo que los niños decían cuando nadie estaba evaluándolos.

El reportaje fue el más leído de la historia de La Palabra Llana.

Epifanio llamó a Renato cuando vio las cifras.

—Ochenta y siete mil lecturas —dijo Epifanio.

—Lo sé.

—En cuatro días.

—Lo sé, Epifanio.

—¿Cómo se siente eso?

Renato consideró la pregunta. Era una pregunta que Epifanio no le había hecho nunca sobre ningún reportaje anterior.

—Como cuando haces bien algo sencillo —dijo Renato—. No como un logro. Como que lo sencillo era lo correcto todo el tiempo.

—Ciento cuarenta y tres cartas de lectores —dijo Epifanio.

—¿Cuántas de cada tipo?

—Noventa y dos agradecen. Cincuenta y una insultan.

—¿En qué vocabulario insultan?

Epifanio revisó las cartas.

—En el del glosario —dijo después de un momento.

—Eso también es noticia —dijo Renato.

—Lo sé —dijo Epifanio—. No la voy a publicar.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado triste —dijo Epifanio, con la honestidad de los sesenta y dos años que ya no necesitan disimular lo que les parece triste.

La secretaria Canseco publicó un comunicado que describía el reportaje como "una pieza desinformativa que utiliza declaraciones descontextualizadas de menores para construir una narrativa adversa al bienestar educativo de Cocolzingo". Lisandro lo había redactado en dieciséis minutos.

Eufemia lo leyó antes de que se publicara. Leyó también el reportaje, completo, en el teléfono durante el desayuno, con el pelo todavía sin peinar porque era temprano y no había tenido visitas. Lo cerró antes del tercer párrafo, que era lo que hacía con los textos de Renato que encontraba más difíciles de refutar: no terminarlos, para no tener que procesar el argumento completo. Llamó a Lisandro.

—El comunicado —dijo.

—Ya lo tengo —dijo Lisandro—. ¿Lo revisa?

—Mándalo.

Leyó el comunicado. Hizo una corrección.

—Quita "de menores" —dijo Eufemia.

—¿Por qué?

—Porque si mencionamos a los niños les damos razón a los niños.

—¿Y los niños no tienen razón? —dijo Lisandro, que era una pregunta que no debería haber hecho en voz alta y que en cuanto salió de su boca supo que había sido un error.

Silencio de cuatro segundos.

—Lisandro —dijo Eufemia.

—Sí.

—Los niños dicen lo que escuchan en sus casas. Las casas de Cocolzingo están llenas de narrativas adversariales que llevan años instaladas. Lo que hace la reforma educativa es ofrecer un marco alternativo de comprensión de la realidad que amplíe las posibilidades de los estudiantes.

—De acuerdo —dijo Lisandro, que había aprendido cuándo dejar de preguntar.

—Sin "de menores" —dijo Eufemia.

Hizo la corrección. Publicó el comunicado.

Y en la escuela Lázaro Cárdenas de Santa Remedios, la niña de once años fue a la clase de Ciencias Sociales esa tarde, respondió en el examen que la pobreza era "una situación temporal de limitación de recursos que puede superarse con esfuerzo personal y apoyo solidario de la comunidad", obtuvo diez, y en el recreo del día siguiente le dijo a su amiga que en su casa no alcanzaba para todo y que su mamá tenía que escoger.

Las dos cosas eran verdad.

Solo una estaba en el libro.

El narrador señala aquí algo que el reportaje de Renato describía con ejemplos y que vale enunciar directamente: lo que estaba ocurriendo en las escuelas de Cocolzingo no era exactamente adoctrinamiento, porque el adoctrinamiento requiere que la persona adoctrinada crea lo que se le enseña. Los niños de Cocolzingo claramente no creían el vocabulario del libro, porque en el recreo usaban otro. Lo que estaba ocurriendo era más sutil y más duradero: la enseñanza de que hay un idioma para las instituciones y otro para la vida. Que son cosas distintas. Que la habilidad de moverse entre los dos sin confundirlos es una competencia social necesaria para sobrevivir en Cocolzingo. Era la misma competencia que sus padres habían desarrollado. La misma que sus abuelos habían desarrollado bajo gobiernos anteriores con glosarios distintos pero con la misma arquitectura. Era, en ese sentido, una tradición.

Y cuando esa niña de once años creciera y pudiera votar, iba a recordar lo que sabía desde el recreo o iba a usar el vocabulario del libro. Eso dependía de cosas que este narrador no podía garantizar. Dependía, en última instancia, del lector que también es elector y que en este momento tiene las dos versiones en la misma página.

CAPÍTULO 9

El año del crecimiento invertido con potencial latente

El Instituto de Medición del Bienestar y el Desarrollo Territorial de Cocolzingo publicó su primer informe anual un martes de marzo. Ciento ochenta y dos páginas, cuarenta y tres gráficas, y una conclusión que establecía que Cocolzingo había experimentado durante el año anterior un crecimiento integral del bienestar ciudadano del doce por ciento en indicadores compuestos de desarrollo humano territorial.

Esa mañana, Lisandro convocó a Torcuato a su oficina antes de la conferencia de prensa.

—¿Revisaste el informe? —dijo Lisandro.

—Lo revisé —dijo Torcuato.

—¿Algún problema con los números?

—Los números son coherentes internamente —dijo Torcuato, con la precisión del contador que distingue entre coherencia interna y correspondencia con la realidad—. No contradicen nada que el Instituto haya publicado antes.

—¿Porque?

—Porque no había publicado nada antes —dijo Torcuato—. Es el primer informe.

—Exacto —dijo Lisandro—. Sin historia previa no hay comparativo. Sin comparativo no hay deterioro visible.

Torcuato lo miró durante dos segundos.

—¿Diseñaste el Instituto para eso?

—Diseñé el Instituto para medir lo que necesitamos medir —dijo Lisandro, que era una respuesta que no era lo mismo que la pregunta de Torcuato pero que producía el mismo efecto.

—¿Y el PIB federal? Cayó tres punto siete.

—El PIB federal mide el modelo anterior —dijo Lisandro—. Nosotros medimos el modelo nuevo.

—¿Y si alguien los compara?

—Que los compare —dijo Lisandro—. El que compare va a tener que explicar por qué el modelo del gobierno federal es más válido que el modelo propio de Cocolzingo. Y esa es una conversación que nos conviene tener.

Torcuato asintió con la expresión de quien ha seguido la lógica hasta el final y ha decidido que no quiere seguir jalando de ese hilo.

La conferencia de prensa fue en el Teatro Municipal. Eufemia llegó con el pelo color amarillo huevo perfectamente peinado y las gráficas de Lisandro en pantalla grande: barras ascendentes en color verde, tipografía institucional, el doce por ciento en el centro de la diapositiva principal.

—La economía de Cocolzingo —dijo Eufemia— muestra un crecimiento integral del bienestar ciudadano del doce por ciento, evidencia inequívoca de que el modelo de transformación que estamos construyendo produce resultados reales para las familias de nuestra entidad.

Renato levantó la mano desde la tercera fila.

—Gobernadora, el INEGI reporta una caída del PIB de tres punto siete por ciento. ¿Cómo se reconcilia ese dato con el doce por ciento del Instituto?

—Son indicadores distintos que miden dimensiones distintas —dijo Eufemia.

—¿Cuáles dimensiones mide el Instituto?

—El bienestar integral en sus componentes cualitativos y cuantitativos.

—¿Puede describir la metodología del Coeficiente de Satisfacción Subjetiva del Bienestar Territorial?

—La metodología completa está disponible en el informe —dijo Eufemia.

—La leí. Las encuestas comienzan describiendo los logros del gobierno antes de preguntar a los encuestados cómo valoran su bienestar. ¿Eso no introduce un sesgo?

Un silencio de tres segundos.

—La metodología del Instituto fue diseñada por especialistas en medición del desarrollo humano —dijo Eufemia.

—¿Especialistas independientes o contratados por el Instituto?

—Por favor, la siguiente pregunta —dijo Eufemia, señalando a otro periodista con la fluidez de quien ha practicado ese gesto hasta que parece natural.

Renato bajó la mano. Anotó en el bloc: *encuestas: sesgo de confirmación inducido. Buscar apéndice metodológico páginas 163 a 171. Buscar quién diseñó el cuestionario.*

Después de la conferencia, en el pasillo, Lisandro se acercó a Renato con la expresión de cordialidad profesional que usaba con los periodistas que no podía ignorar.

—Señor Verdat.

—Señor Glosa.

—Interesantes preguntas.

—Interesantes respuestas —dijo Renato.

—La metodología del Instituto es técnicamente sólida —dijo Lisandro.

—Las encuestas empiezan describiendo los logros del gobierno —dijo Renato—. Eso invalida cualquier resultado sobre satisfacción subjetiva. Es metodología básica.

—Usted no es metodólogo —dijo Lisandro.

—No —dijo Renato—. Pero los dos economistas que consulté sí lo son. Y los dos dijeron lo mismo.

Lisandro lo miró durante dos segundos con la expresión de quien acaba de recibir información que no tenía y está calculando sus implicaciones.

—¿Va a publicar eso? —dijo.

—Esta semana —dijo Renato.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo Lisandro.

—Puede.

—¿Para qué sirve? Publica, nosotros respondemos, el ciclo continúa, nada cambia. Lleva años haciendo esto.

Renato lo miró.

—Para que quede registro —dijo—. Cuando esto termine, alguien va a querer saber qué pasó. Yo lo voy a tener escrito.

—¿Y si no termina? —dijo Lisandro.

—Entonces el registro es más importante todavía —dijo Renato, y se fue hacia la salida.

Lisandro se quedó en el pasillo un momento. Luego sacó su bloc y anotó algo. No el argumento de Renato, que ya conocía y que había decidido no procesar conscientemente. Sino una nota para sí mismo: *revisar apéndice metodológico antes de que lo publiquen.*

Era tarde. El apéndice ya estaba impreso en cinco mil ejemplares distribuidos a todos los legisladores, organismos de transparencia y medios del estado.

Renato pasó tres semanas con el informe completo, el apéndice metodológico y los dos economistas. Encontró lo que esperaba y algo más. Lo esperado: las cuatro métricas del Instituto eran técnicamente inrefutables porque habían sido

diseñadas para serlo. Una redefinición no puede refutarse con hechos, solo argumentando que la definición es incorrecta. Lo inesperado: el apéndice lo decía abiertamente, en lenguaje técnico que esperaba que nadie leyera, en las páginas ciento sesenta y tres a ciento setenta y uno.

Llamó al primer economista.

—¿Leyó el apéndice metodológico?

—Completo —dijo el economista—. Página ciento sesenta y siete, inciso c.

—Cuénteme.

—Las encuestas empiezan con una presentación de los logros del gobierno. Antes de preguntar qué tan bien está el encuestado, le dicen qué bien está haciendo el gobierno. Cualquier estadístico de primer año sabe que eso contamina la respuesta.

—¿Y lo pusieron en el apéndice?

—En el centro del apéndice, en lenguaje técnico —dijo el economista—. Apostaría a que Lisandro Glosa confió en que nadie llegaría hasta ahí. Y en que si alguien llegaba, el lenguaje técnico haría difícil explicarlo en términos simples.

—¿Puede ayudarme a explicarlo en términos simples?

—Con gusto —dijo el economista—. Si le preguntas a alguien cómo se siente después de decirle que el gobierno está haciendo un trabajo excelente, ¿qué cree que va a responder?

—Bien —dijo Renato.

—Exacto —dijo el economista.

Llamó también al segundo economista, el de la capital, para verificar el apéndice.

—Lo mismo —dijo el economista—. Sesgo de confirmación inducido clásico. Cualquier trabajo de metodología básica lo descalifica.

—¿Está dispuesto a que lo cite con nombre?

Pausa de cuatro segundos.

—¿Sabe qué recibí esta semana? —dijo el economista—. Una notificación de la Secretaría de Hacienda del estado sobre una auditoría fiscal pendiente.

—¿Desde cuándo?

—Desde dos días después de que hablamos la primera vez.

Renato anotó esto en el bloc. Luego anotó también la fecha de la notificación. Y la fecha de su primera llamada al economista. La diferencia era de cuarenta y ocho horas.

—¿Quiere que lo cite de todas formas? —dijo Renato.

—Cíteme como economista independiente que prefiere no ser identificado —dijo el economista—. La auditoría ya llegó. Ser citado con nombre no la empeora. Pero prefiero no darles más motivos de momento.

—De acuerdo —dijo Renato.

Anotó en el bloc, entre paréntesis: *auditoría fiscal a los dos días de primera llamada. ¿Casualidad o seguimiento de comunicaciones? Guardar. No publicar todavía.*

Era el tipo de nota que guardaba para cuando tuviera más piezas. La carpeta del tren había empezado igual, cuatro años atrás.

Publicó el análisis en cuatro entregas. La primera: la diferencia entre una mentira y una redefinición, que era el concepto que organizaba todo lo demás. La segunda: el doce por ciento del Instituto contra el tres punto siete del INEGI y la tabla de tres años de La canasta. La tercera: el apéndice metodológico explicado en lenguaje ordinario, con una sola pregunta al final. La cuarta: dos columnas paralelas, cifras del Instituto a la izquierda, cifras federales y precios del mercado a la derecha, sin comentario.

La Secretaría de Comunicación respondió con un comunicado. Eufemia lo revisó antes de publicarlo.

—¿Refuta algún número? —dijo Eufemia.

—No —dijo Lisandro—. Los números son los que son. Refutar los números requeriría tener números alternativos verificables.

—¿Y los tenemos?

—Los del Instituto —dijo Lisandro.

—Que son los que él acaba de demostrar que están sesgados —dijo Eufemia.

—Sí.

—Entonces no respondemos los números —dijo Eufemia—. Respondemos al periodista. Agenda desinformativa con financiamiento externo no transparente.

—¿Tenemos evidencia de financiamiento externo?

—No necesitamos evidencia —dijo Eufemia—. Necesitamos que él tenga que desmentirlo. El que desmiente parece culpable de algo aunque sea inocente.

Lisandro anotó esto en su bloc bajo "principios de comunicación de crisis". Era nuevo. Lo incorporaría a la quinta edición del glosario.

Renato leyó el comunicado. No respondió las acusaciones. Publicó la quinta entrega, que no estaba planeada: una columna de quinientas palabras que explicaba qué era una "agenda desinformativa con financiamiento externo no transparente" y cuánto dinero había recibido La Palabra Llana de fuentes externas en el último año.

Cero pesos.

Y luego los ingresos reales del diario: publicidad privada decreciente, suscripciones crecientes desde el reportaje de los niños, y la librería independiente que seguía siendo el único anunciante nuevo en dos años.

La quinta entrega fue la más leída de la serie.

El narrador señala aquí algo que el análisis de Renato describía con ejemplos pero que vale enunciar directamente: la diferencia entre una mentira y una redefinición. Una mentira dice que algo que existe no existe. Una redefinición

dice que algo que existe es otra cosa. La primera puede refutarse mostrando que la cosa existe. La segunda solo puede refutarse argumentando que la definición es incorrecta, que es un proceso más largo, más difícil y más fácilmente ignorable. Eufemia había aprendido esto a los seis años en la tienda de la señora Concepción. Cuarenta y cinco años después, el Instituto de Medición del Bienestar y el Desarrollo Territorial de Cocolzingo era la expresión más sofisticada de ese aprendizaje.

En San Eufrasio, Petra Abundis leyó las cuatro entregas del análisis en el teléfono de su vecina, que tenía plan de datos. No entendía todos los términos. Entendía el argumento central porque lo había vivido: el gobierno decía que las cosas eran de una manera y las cosas eran de otra, y nadie dentro del gobierno pagaba el costo de esa diferencia. Los que pagaban eran los que vivían en las casas donde la diferencia ocurría.

Recortó la cuarta entrega, la de las dos columnas, y la guardó en el cajón de la cocina. Era el cuarto papel que guardaba ahí. La fotografía de su esposo. El formato 7-B. El recorte con el nombre de Próspero Aguirre Villafuerte. Y ahora las dos columnas.

El cajón seguía creciendo porque Cocolzingo seguía produciendo lo que lo llenaba.

En el mercado Hidalgo, la señora Dolores Pacheco llevaba ese martes la tabla de La canasta doblada en el delantal, como siempre. Se la mostró a la señora del puesto de lácteos.

—Mira —dijo—. La leche subió otro peso cincuenta.

—Lo sé —dijo la señora de los lácteos—. Lo sé sin necesitar el papel.

—Pero con el papel —dijo la señora Dolores— no pueden decir que no es verdad.

La señora de los lácteos consideró esto.

—¿Y de qué sirve que no puedan decirlo si lo dicen igual?

—De que queda escrito —dijo la señora Dolores—. Que queda escrito es suficiente para mí.

No lo era para todos. Pero para la señora Dolores Pacheco, que había aprendido a no esperar más de lo que la realidad disponible podía ofrecer, era exactamente suficiente.

El Instituto de Medición del Bienestar y el Desarrollo Territorial de Cocolzingo preparaba ya su segundo informe anual. Lisandro había ajustado la ponderación del Índice de Potencial Productivo Emergente en dos puntos para reflejar, según la nota metodológica, "una calibración más precisa de los componentes dinámicos del desarrollo territorial". El resultado del ajuste: el crecimiento integral del año siguiente mostraría un catorce por ciento en lugar de un doce, porque catorce era más convincente que doce sin ser tan grande como para parecer inventado. Era la misma lógica con que Eufemia había defendido el sesenta y dos por ciento en la asamblea universitaria: suficiente para ganar, no tanto para levantar sospechas.

En el mercado Hidalgo, la leche seguía subiendo.

CAPÍTULO 10

La reconfiguración hidráulica no programada

La presa colapsó un martes de agosto a las cuatro y diecisiete de la tarde.

Se llamaba Presa de la Esperanza Solidaria, nombre que Lisandro había propuesto cuando Eufemia la inauguró dos años antes. La había construido un consorcio de tres empresas cuyo propietario final era Próspero Aguirre Villafuerte, el intermediario de bienes raíces que había estado en el desayuno del Versalles, que había gestionado el acuerdo con los colectivos, y que aparecía en los registros de donantes de campaña como colaborador solidario de la transformación. La licitación había sido adjudicada sin proceso competitivo bajo figura de contratación de emergencia. El acero estructural utilizado era el cuarenta y tres por ciento del especificado. El concreto tenía una resistencia un treinta y ocho por ciento inferior a la requerida. El ingeniero que firmó las inspecciones no había visitado la obra en ninguna de las diecisiete fechas que firmó.

Tres comunidades en el valle bajo la presa.

Torcuato llamó a Eufemia a las cuatro y cuarenta.

—Hay un problema —dijo Torcuato.

—¿Qué tipo?

—La presa.

Silencio de dos segundos.

—¿Cuánto? —dijo Eufemia.

—No sé todavía. Los equipos están llegando.

—¿Próspero sabe?

—Le avisé.

—¿Qué dijo?

—Que estaba en una junta —dijo Torcuato.

—Llama a Lisandro —dijo Eufemia.

Lisandro llegó a su oficina en cuatro minutos. Eufemia estaba de pie junto a la ventana con el teléfono en la mano y la expresión de quien está calculando simultáneamente lo que ha ocurrido y lo que hay que decir sobre lo que ha ocurrido.

—¿Sabes lo de la presa? —dijo Eufemia.

—Acabo de enterarme —dijo Lisandro.

—Necesito un comunicado.

—¿Antes de saber las cifras?

—Antes de que lo publiquen ellos —dijo Eufemia—. Si el primer comunicado es nuestro, somos nosotros los que nombramos el evento. Si esperamos, lo nombran otros.

Lisandro abrió el bloc. Pensó cuatro segundos.

—Evento de reconfiguración hidráulica no programada con afectación territorial en proceso de evaluación —dijo, mientras escribía—. Equipos de respuesta institucional activados. Gobernadora coordinando personalmente la atención.

—¿Cuánto tardaste?

—Cuatro minutos —dijo Lisandro.

—¿Récord?

—Récord —dijo Lisandro, y luego no dijo nada más porque era la primera vez que el récord no le producía satisfacción.

Eufemia lo miró.

—¿Qué?

—Nada —dijo Lisandro—. Lo mando ahora.

Esa tarde Eufemia convocó el gabinete de emergencia. Los datos que llegaban de las comunidades afectadas eran los que eran: muertos, heridos, familias sin casa, animales muertos, cosechas perdidas. Nadie en la sala usó las palabras del glosario. En privado, en estado de crisis real, el gabinete hablaba directo porque la situación no dejaba tiempo para otra cosa.

—¿Cuántos muertos? —dijo Eufemia.

—Todavía no se sabe con certeza —dijo el secretario de Seguridad Fuentes—. Los equipos están trabajando. Puede ser entre treinta y cincuenta.

Silencio en la sala.

—¿Y el contrato? —dijo Eufemia.

—No sale —dijo Torcuato.

—¿Está en el sistema de transparencia?

—Está como adjudicación directa de emergencia. Los términos específicos no son de acceso público.

—Que no salga —dijo Eufemia.

—¿Y Próspero? —dijo Fuentes.

—Próspero viaja esta semana —dijo Torcuato.

—¿A dónde?

—A donde necesite —dijo Torcuato, con el tono de quien comunica una decisión que ya está tomada.

Nadie preguntó más sobre Próspero.

—Yo voy mañana a la zona —dijo Eufemia.

—¿Con qué mensaje? —dijo Lisandro.

—Con el mensaje de que estoy ahí —dijo Eufemia—. A veces la presencia es el mensaje.

—¿Y si preguntan por el contrato?

—Que está en proceso de revisión —dijo Eufemia—. Y que en momentos de crisis la prioridad es la atención a las familias, no los señalamientos políticos.

La presión internacional llegó antes del amanecer. Dos organizaciones de derechos humanos emitieron comunicados usando las palabras que el glosario no usaba. La prensa internacional llegó en cuarenta y ocho horas. Y al tercer día llamó Olivia Chinbum, presidenta de Felizandia, desde la capital.

—Eufemia —dijo Chinbum, con el tono de quien tiene mucho poder y lo usa despacio.

—Presidenta —dijo Eufemia.

—Quiero que me expliques lo de la presa.

—Fue un evento hidráulico no programado que —

—Eufemia —interrumpió Chinbum—. A mí no me des el comunicado. Dame los hechos.

Silencio de tres segundos.

—La presa falló estructuralmente —dijo Eufemia, y las palabras le costaron un esfuerzo que notó físicamente, como mover algo que lleva mucho tiempo sin moverse.

—¿Por qué falló?

—Problemas de construcción.

—¿El contratista?

—Está siendo investigado.

—¿Quién lo contrató?

—El gobierno del estado.

—¿Con licitación?

—Con adjudicación directa de emergencia.

—¿Qué tipo de emergencia justificaba una adjudicación directa para construir una presa?

Pausa.

—Eso también está en revisión —dijo Eufemia.

—Eufemia —dijo Chinbum—. Llevas cuatro años gobernando con el mismo método. Funciona para cosas pequeñas. Para esto no funciona. Hay prensa internacional. Hay muertos. Hay documentos.

—Estamos manejando la situación.

—Estás usando el mismo vocabulario que usas para todo —dijo Chinbum—. Con la prensa internacional ese vocabulario no funciona porque ellos no tienen el glosario.

Hubo un silencio más largo.

—¿Qué me recomiendas? —dijo Eufemia.

—Alguien tiene que renunciar —dijo Chinbum—. No tú. Alguien debajo de ti. Alguien que pueda ser el responsable del proceso de contratación. Eso cierra el ciclo de atención en dos semanas.

—¿Y el contratista?

—El contratista desaparece solo —dijo Chinbum—. Eso ya lo sabes manejar.

Eufemia escuchó. Anotó mentalmente. No dijo si o no. Dijo gracias y colgó.

Esa noche, sola en su oficina, Eufemia hizo algo que no había hecho en cuarenta y cinco años: intentó formular en voz alta una frase honesta sobre lo que había ocurrido.

Intentó decir que la presa había sido mal construida. Lo que le salió fue: "la presa presentó deficiencias estructurales de origen múltiple".

Intentó decir que el contrato lo había ganado un colaborador de campaña sin licitación. Lo que le salió fue: "el proceso de selección del contratista requiere una revisión exhaustiva de sus procedimientos".

Intentó decir que había muertos. Lo que le salió fue: "hay ciudadanos en situación de continuidad vital comprometida".

Intentó una vez más, concentrándose. Murieron personas. La presa se cayó porque la construyeron mal. El que la construyó mal era amigo suyo y le había dado dinero.

El mecanismo producía lo mismo cada vez. El eufemismo salía antes de que la frase honesta pudiera formarse, con la automaticidad de un reflejo que ya no requería decisión consciente. Había sido practicado durante tanto tiempo que se había vuelto el único idioma disponible.

Se quedó sentada en silencio durante tres minutos. Luego cerró la oficina y se fue a su casa.

Al día siguiente viajó a la zona afectada con el pelo color amarillo huevo perfectamente peinado.

Renato Verdat de Mole llegó doce horas antes. Con Adán Llorente y el saco arrugado de siempre y el sexto bloc, que en tres semanas quedaría lleno por primera vez desde ambos lados de cada página.

En uno de los albergues de emergencia encontró a Petra Abundis de Salinas, que había llegado desde San Eufrasio a ayudar porque San Eufrasio estaba cerca y porque Petra había aprendido en cuatro años que esperar a que el gobierno respondiera era una estrategia con resultados verificablemente pobres.

—Petra —dijo Renato.

Petra lo miró. Tardó un segundo en reconocerlo.

—El periodista —dijo.

—El mismo. ¿Está bien?

—Yo sí —dijo Petra—. Ellos no. —Señaló el albergue—. Llevan dos días aquí. Todavía no llega nada del gobierno.

—¿Nada?

—Unas cobijas esta mañana. Poca agua. Nada de comida todavía.

Renato anotó. Hora. Fecha. Número de personas en el albergue. Nombre de Petra como fuente verificada.

—¿Sabe quién construyó la presa? —dijo Petra.

—Sí —dijo Renato.

—¿Es el mismo que aparecía en su reportaje? ¿El de los contratos?

—Sí —dijo Renato.

Petra asintió despacio, con la expresión de quien confirma algo que ya sospechaba pero que esperaba que no fuera cierto.

—¿Y eso va a servir de algo? —dijo Petra. Era la misma pregunta que le había hecho cuatro años atrás en la banqueta de San Eufrasio, con el formato 7-B en el delantal.

—No lo sé —dijo Renato. Era la misma respuesta de siempre.

—Pero lo va a publicar.

—Lo voy a publicar.

Petra lo miró durante un momento.

—Está bien —dijo—. Yo también voy a seguir aquí.

Y volvió al interior del albergue con la cubeta de agua que estaba cargando.

Adán Llorente fotografiaba desde el extremo del albergue con la discreción del fotógrafo que sabe cuándo la cámara estorba y cuándo no. Cuando Petra entró, bajó la cámara.

—¿Cómo la conoces? —dijo Adán.

—Jornada electoral. Hace cuatro años. Le quitaron el nombre de la lista.

—¿Y sigue aquí?

—Sigue aquí —dijo Renato—. Yo sigo aquí. El cajón de la cocina de ella y el cajón de mi escritorio siguen creciendo. Y el gobierno sigue siendo el gobierno.

—¿Y eso no te cansa?

Renato miró el albergue. Las familias. Los niños. Las cobijas insuficientes. El agua que no había llegado todavía.

—Me cansa todo el tiempo —dijo—. Pero el cansancio no es argumento para parar.

Adán asintió. Levantó la cámara de nuevo.

Renato publicó el primer reportaje esa noche desde el teléfono: colapso, corrupción, negligencia, muertos, contrato, campaña, intermediario, acero insuficiente, concreto inferior, ingeniero que nunca visitó la obra. Todas las

palabras que el comunicado de Lisandro no usaba. Fue el reportaje más largo que había publicado en veintidós años.

Esa misma noche escribió la carta.

No para publicarla. Para él. Empezaba con lo que llevaba veintidós años entendiendo de manera fragmentaria y que el colapso de la Presa de la Esperanza Solidaria había terminado de organizar:

Que el periodismo no derriba regímenes.

Que las palabras exactas no cambian elecciones.

Que seis cajones llenos de evidencia no habían producido ningún cambio institucional verificable en Cocolzingo.

Y que sin embargo había que seguir, porque si nadie usaba las palabras correctas las palabras correctas desaparecían del idioma, y sin ellas desaparecía la posibilidad de nombrar la realidad, y sin esa posibilidad desaparecía la posibilidad de exigir que cambiara.

No era una conclusión consoladora. Era la única que tenía.

La guardó en el cajón central de su escritorio, debajo de los seis blocs de gobernadores y encima de la carpeta del tren, que seguía ahí, que seguía incompleta, que seguía siendo el asunto que había abierto todo esto cuatro años atrás.

Esa madrugada, antes de dormir dos horas en el coche, Renato sacó la carpeta del tren y la revisó. El sobre manila sin remitente que había llegado al buzón del diario tres años atrás. Los documentos de la adjudicación de 2019. La empresa: Vías del Progreso. El propietario real, verificado entonces: Próspero Aguirre Villafuerte. El mismo nombre que aparecía en los contratos de la presa. El mismo nombre del colaborador solidario de la transformación.

Era el mismo asunto. Había sido siempre el mismo asunto.

Cerró la carpeta. Anotó en el bloc: *el tren y la presa son lo mismo. Próspero las dos veces. Publicar la semana siguiente con todo.*

Al día siguiente, cuando Eufemia llegó a la zona afectada con el pelo perfectamente peinado y el comunicado de Lisandro en la mano, Renato ya llevaba doce horas ahí. Cuando Eufemia dijo ante las cámaras que el gobierno de Cocolzingo estaba respondiendo con "toda la solidaridad institucional disponible para las familias afectadas por el evento hidráulico", Renato tenía en el bloc los nombres de las treinta y siete familias del primer albergue, el inventario exacto de lo que había llegado hasta ese momento, y el nombre del ingeniero que no había visitado la obra.

Eufemia habló frente a las cámaras durante ocho minutos. Lisandro contó los eufemismos desde el costado. Llegó a veintidós antes de perder la cuenta, que era la primera vez en años que perdía la cuenta.

—¿Cuántos? —le preguntó Eufemia cuando terminó.

—No sé —dijo Lisandro.

Eufemia lo miró.

—¿No sabes o no quieres decirme?

—No sé —repitió Lisandro.

Era verdad. Era la primera vez que no sabía, y no saber le produjo algo que tampoco había sentido en años: la incomodidad de quien está haciendo lo que siempre hace y descubre que esta vez no sabe si está bien hacerlo. No lo dijo. Lo guardó. Lo procesaría más tarde, cuando hubiera tiempo.

Eufemia asintió. No dijo nada más. Subió al coche. El pelo color amarillo huevo perfectamente peinado. La expresión de quien ha hecho lo que había que hacer y no tiene todavía acceso a la pregunta de si lo que hizo era lo que había que hacer.

En el cajón de la cocina de Petra Abundis de Salinas, esa noche, había un papel más: el recorte del primer reportaje de Renato sobre el colapso, con el nombre de Próspero Aguirre Villafuerte subrayado con bolígrafo. Era el mismo nombre que estaba en el otro recorte, el del capítulo 6, el que había guardado sin saber todavía para qué serviría. Ahora sabía para qué servía. Servía para demostrar que no era una coincidencia. Que era un patrón. Que el mismo hombre que había construido la presa que mató a estas familias había estado también en el contrato del tren que había matado a su esposo.

Petra no era abogada. No sabía qué hacer con esa información legalmente. Pero la tenía. Y la iba a guardar hasta que alguien supiera qué hacer con ella.

Renato siguió en el albergue.

EPÍLOGO

Lo que Renato sigue escribiendo

Cocolzingo, cinco años después.

El glosario institucional tenía ahora ochenta y tres páginas. Lisandro Glosa, a sus cuarenta y tres años, había producido tres actualizaciones y un suplemento temático sobre terminología ambiental, necesario después del colapso de la Presa de la Esperanza Solidaria. Lo revisaba cada seis meses con la dedicación del lexicógrafo que actualiza un idioma vivo. A veces encontraba términos que ya no necesitaban estar en el glosario porque habían migrado al habla cotidiana de los funcionarios sin necesitar instrucción explícita. Eso, consideraba Lisandro, era el éxito más completo del proyecto: cuando el vocabulario institucional deja de ser una instrucción y se vuelve un reflejo.

No siempre lo encontraba motivo de satisfacción.

Había noches, desde el colapso de la presa, en que Lisandro abría el glosario y leía "pérdidas de vida en contexto de interacción social intensa" y se quedaba mirando la frase durante un momento antes de seguir. No hacía nada con ese momento. Lo dejaba pasar. Al día siguiente seguía trabajando. Era lo que sabía hacer y era lo que el gobierno necesitaba que hiciera y esas dos cosas habían sido suficientes durante doce años.

No siempre eran suficientes.

Una noche, revisando la séptima edición del glosario, Lisandro llegó a la entrada que él mismo había redactado hacía cuatro años: "pérdidas de vida en contexto de interacción social intensa". Se quedó mirándola.

Luego escribió en su bloc, en privado, sin que nadie lo viera: *muertos*.

Tachó la palabra.

Volvió a escribir la entrada del glosario.

Cerró el bloc.

Siguió trabajando.

Pero nunca había encontrado la manera de decírselo a nadie, y a estas alturas ya no sabía si el problema era que no encontraba las palabras o que el vocabulario que tenía disponible no las contenía.

Eufemia Pintafrescos había dejado el cargo al terminar su periodo. Su sucesor era Próspero Aguirre Villafuerte, el mismo intermediario de siempre, que había resultado ser también un político con ambiciones propias y que había ganado la gubernatura con el mismo aparato, el mismo Torcuato, el mismo Lisandro. Eufemia asistía a los actos importantes como figura tutelar, con el pelo color amarillo huevo ahora más deliberadamente mantenido, con la satisfacción de quien construyó algo que funcionaba sin necesitar ya su presencia constante.

El día de la toma de posesión de Próspero, Eufemia lo llamó a su oficina antes de la ceremonia.

—Tengo algo para ti —dijo Eufemia.

Le entregó una carpeta azul marino.

—¿Qué es? —dijo Próspero.

—El glosario. La primera edición. Y las instrucciones de uso que Lisandro nunca escribió pero que yo aprendí de memoria. —Hizo una pausa—. El nombre de las cosas importa más que las cosas.

Próspero tomó la carpeta.

—¿Y si la gente no acepta el nombre?

—La gente acepta el nombre que escucha suficientes veces —dijo Eufemia—. La única condición es que seas el primero en nombrarlo.

Próspero asintió. Era un alumno aventajado. Había aprendido mirando durante seis años.

—¿Y Renato Verdat? —dijo.

—Renato Verdat sigue publicando —dijo Eufemia—. Va a seguir publicando. No lo pares. Si lo paras, se convierte en mártir y su diario en institución. Déjalo publicar. Los que lo leen ya lo leen. Los que no lo leen no lo van a leer aunque lo pongas en cada esquina.

—¿Y no importa lo que publica?

Eufemia consideró la pregunta durante un momento, con la honestidad específica de las conversaciones privadas donde el glosario no aplica.

—Importa para los que quieren que importe —dijo—. Para los demás no existe aunque esté ahí.

Fue lo más honesto que dijo en ese año.

El Instituto de Medición del Bienestar y el Desarrollo Territorial de Cocolzingo publicó ese año su sexto informe anual con un crecimiento integral del bienestar ciudadano del diecinueve por ciento. Los datos federales mostraban que Cocolzingo era el tercer estado con mayor pobreza en Felizandia y el segundo con mayor violencia. Lisandro revisó las dos cifras la misma mañana, en pantallas distintas, y guardó una y distribuyó la otra con la fluidez de los once años de práctica, aunque esa mañana tardó unos segundos más de lo habitual en pasar de una pantalla a la otra.

La Ley de Veracidad Social Responsable había sido aplicada ese año por primera vez, no contra La Palabra Llana sino contra el blog de la colonia Morelos, que había vuelto a publicar después de tres años de silencio. La multa fue de trescientas ochenta veces el salario mínimo. El blog cerró. Sus dos redactores publicaron en redes sociales una declaración diciendo que volverían. No volvieron todavía. Pero la declaración quedó.

La Palabra Llana seguía publicando.

Con veintiocho páginas en lugar de cuarenta. Con Gilberto Ponce en un medio nacional y Adán Llorente todavía con la cámara y Epifanio Cautivo todavía sin jubilarse. El número que Epifanio había calculado la noche antes de la Ley de Veracidad Social Responsable seguía en su cajón, actualizado cada seis meses, nunca compartido con Renato.

Una mañana Renato entró a la oficina de Epifanio y cerró la puerta, que era algo que hacía rara vez.

—Epifanio —dijo.

—¿Qué.

—¿Cuántos meses?

Epifanio lo miró.

—¿Cuántos meses qué?

—El número que tienes en el cajón.

Epifanio no preguntó cómo lo sabía. Llevaban veintitrés años trabajando juntos y había cosas que simplemente se sabían.

—Siete —dijo Epifanio.

—¿Con o sin la librería?

—Con la librería —dijo Epifanio—. Sin ella, cuatro.

Renato asintió.

—Está bien —dijo.

—¿Está bien cómo?

—Está bien que lo sepa —dijo Renato—. Llevo tiempo cargando el peso de no saber exactamente. El número real es menos pesado que el número imaginado.

—¿Seguro?

—Seguro —dijo Renato.

—¿Y qué hacemos?

—Lo mismo que siempre —dijo Renato—. Mientras haya siete meses, publicamos. Si llegamos a cero, cerramos. Pero publicamos hasta el último día.

Epifanio lo miró durante cuatro segundos.

—Sal de mi oficina —dijo Epifanio, con el tono de quien dice sal de mi oficina para no tener que decir otra cosa.

Renato salió.

En el cajón de la cocina de Petra Abundis de Salinas había ahora seis papeles: la fotografía de su esposo, el formato 7-B, el recorte de las dos columnas paralelas, el recorte con el nombre de Próspero Aguirre Villafuerte, el reportaje del tren y la presa, y una carta. La carta la había mandado un abogado de derechos humanos de la capital que había leído los reportajes de Renato y había contactado a Petra a través del diario. La carta decía que había fundamentos para una denuncia penal por enriquecimiento ilícito, daño en propiedad ajena y homicidio culposo, que el proceso sería largo y difícil y que dependía de que Petra estuviera dispuesta a ser parte querellante y a aguantar lo que viniera.

Petra había respondido esa misma tarde.

—¿Lo va a hacer? —le preguntó su vecina cuando le contó.

—Sí —dijo Petra.

—¿No le da miedo?

—Me da miedo —dijo Petra—. Pero el miedo no es argumento para no hacerlo.

Su vecina la miró.

—Eso lo dijo el periodista una vez.

—Lo sé —dijo Petra—. Lo leí.

En la escuela secundaria donde estudiaba ahora la niña que cinco años atrás había definido la pobreza mejor que ningún libro de texto, los libros nuevos tenían setenta y dos términos del glosario pedagógico en lugar de cuarenta y dos. La niña los usaba en los exámenes con la fluidez de quien lleva cinco años practicando un idioma que no es el suyo. En el recreo seguía usando el vocabulario de su casa. En cuatro años podría votar.

Su maestra de Ciencias Sociales, que era la misma colega de sexto que le había dicho al maestro de quinto "antes lo aprendíamos solos, ahora lo estamos enseñando", había pedido traslado a otro estado el año anterior. Se lo habían negado. Seguía enseñando. Seguía usando los libros. Seguía hablando con sus colegas en el recreo sobre la diferencia entre un diccionario y un glosario con instrucciones, que era una conversación que ya no necesitaba tener con nadie

porque todos la habían tenido suficientes veces como para no necesitar tenerla de nuevo.

Esa mañana, en la redacción de La Palabra Llana, Renato escribía la columna del día.

Era sobre el presupuesto de reconstrucción de las comunidades afectadas por el colapso de la presa, que llevaba dos años sin ejecutarse en su totalidad. Había solicitado los contratos cuatro meses antes. Había recibido un oficio de seis páginas. Había enviado segunda solicitud. Había recibido otra negativa. Había obtenido los documentos por la vía que obtenía los documentos que nadie entregaba voluntariamente, que era una vía que existía mientras hubiera personas dentro del sistema que consideraran que la diferencia entre lo que el gobierno decía y lo que ocurría era suficientemente importante como para arriesgarse a señalarla.

Siempre había alguien. No suficientes. Pero siempre alguno.

Escribió la columna con las palabras que correspondían. Colapso. Corrupción. Contratos sin licitación. Familias que llevaban dos años en albergues. Las mismas empresas adjudicadas de nuevo.

La última línea decía: *El presupuesto no llegó. Las familias siguen en los albergues. Los contratos de reconstrucción fueron adjudicados a las mismas empresas que construyeron la presa.*

La guardó.

La mandó a edición.

La señora Dolores Pacheco la leyó esa mañana en el teléfono de su hija y se la mandó al grupo de mensajes que se llamaba "Las del mandado", que en los últimos años había derivado en el lugar donde circulaba la información que los medios locales no publicaban. Eran cuarenta y tres personas en el grupo. Cuarenta y tres personas que leían lo que Renato publicaba y lo redistribuían con la naturalidad de quien hace lo que puede con lo que tiene.

La señora Dolores no sabía que eso era periodismo ciudadano.

Solo sabía que era lo único disponible además de La Palabra Llana, y que mientras ambas cosas existieran, la verdad de Cocolzingo tenía al menos dos lugares donde vivir.

Epifanio Cautivo, en su oficina, actualizó el número del cajón esa mañana. Siete meses seguían siendo siete meses, porque la librería independiente había encontrado dos socios nuevos que también querían anunciarse en un medio que publicaba lo que publicaba La Palabra Llana. Epifanio no se los dijo a Renato. Pero esa tarde, cuando Renato pasó frente a su puerta con el saco arrugado y el bloc bajo el brazo, Epifanio lo llamó.

—Renato.

—¿Qué.

—Buen trabajo.

Renato lo miró. Epifanio no decía eso casi nunca.

—¿Qué pasó? —dijo Renato.

—Nada —dijo Epifanio—. Sigue.

Y Renato siguió.

El narrador no añade nada.

Renato Verdat de Mole sí añade algo, que es lo que lleva veintitrés años añadiendo: las palabras que corresponden a las cosas que ocurren, en el orden en que ocurren, con los nombres de los responsables donde los nombres son verificables, y con la honestidad de quien escribe para el registro aunque el registro no cambie nada de inmediato, porque el registro es lo que sobrevive a los gobiernos y a los glosarios y a los institutos de medición del bienestar, y mientras alguien lo mantenga, la posibilidad de nombrar la realidad sigue existiendo.

Lo mandó a edición.

El lector, que es también elector, sabe lo que tiene que hacer con esa información.

O no lo sabe todavía.

Eso también depende de él.

Salvador Rangel Abud 2025

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0) wrangel.1352@gmail.com Copyright © 2025 Salvador Rangel Abud. Todos los derechos reservados.